Retazos de vivencias

Carlos Alberto Sandoval Fonseca



INVESTIGACIÓN-CREACIÓN
HUMANIDADES



Carlos Alberto Sandoval Fonseca

Representante de los Exrectores ante el Consejo Superior. Primer rector por elección popular de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (1994-1999). Ingeniero Metalúrgico UPTC. Especialista en Análisis de Petrografía del Carbón. Especialista en Administración Universitaria. Especialista en Evaluación y Desarrollo de la Educación Superior.

calsofo@yahoo.es
https://orcid.org/0009-0006-9110-674



EDITORIAL
UPTC

Retazos de vivencias

Carlos Alberto Sandoval Fonseca

Uptc
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
VIGILADA MINEDUCACIÓN

EDITORIAL UPTC

Retazos de vivencias

Carlos Alberto Sandoval Fonseca

Enfoque: Investigación-creación
Área OCDE: Humanidades
Disciplina: Idiomas y Literatura
Colección N.° 04

Retazos de vivencias
Fragments of Experiences

Primera Edición, 2026
200 ejemplares (impresos)

© Carlos Alberto Sandoval Fonseca, 2026
© Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2026

ISBN (impreso) 978-628-7863-74-3
ISBN (ePub) 978-628-7863-75-0

Proceso de arbitraje doble ciego
Recepción: mayo de 2026
Aprobación: junio de 2026



Hecho en Colombia - Made in Colombia

Retazos de vivencias / Fragments of Experiences / Sandoval Fonseca, Carlos Alberto. Tunja: Editorial UPTC, 2026. 108 p.

ISBN (impreso) 978-628-7863-74-3
ISBN (ePub) 978-628-7863-75-0

Incluye referencias bibliográficas

1. Educación superior. 2. Gestión universitaria. 3. Historia de la educación. 4. Investigación científica. 5. Memorias autobiográficas. 6. Desarrollo institucional. 7. Administración educativa.

(Dewey 920.71/21) (DNC - Memorias)

Rector UPTC
Enrique Vera López

Comité Editorial
Carlos Mauricio Moreno Téllez
Vicerrector de Investigación y Extensión

Yolanda Torres Pérez
Directora de Investigaciones

Óscar Pulido Cortés
Delegado Vicerrectoría Académica

Martín Orlando Pulido Medellín
Representante Área Ciencias Agrícolas

Yolima Bolívar Suárez
Representante Área Ciencias Médicas y de la Salud

Nelsy Rocío González Gutiérrez
Representante Área Ciencias Naturales

Olga Yanet Acuña Rodríguez
Representante Área Ciencias Sociales

Juan Guillermo Díaz Bernal
Representante Área Humanidades

Pilar Jovanna Holguín Tovar
Representante Área Artes

Edgar Nelson López López
Representante Área Ingeniería y Tecnología

Juan Sebastián González Sanabria
Representante Grupos de Investigación

Editora
Bertha Ramos Holguín

Corrección de Estilo
Claudia Helena Amarillo Forero

Asesor de arte e imagen
Pedro Alexander Sosa Gutiérrez

Diseño y Diagramación
Carolina Solórzano Pulido

Imagen de carátula
Obra de María Consuelo Sánchez Peñuela

Impresión
Búhos Editores Ltda.
buhosedi@gmail.com

Libro de investigación-creación

Citar este libro / Cite this book
Sandoval Fonseca, C. A. (2026). *Retazos de vivencias.* Editorial UPTC
https://doi.org/10.19053/uptc.9786287863743

Libro financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Extensión - Dirección de Investigaciones de la UPTC. Se permite la reproducción parcial o total, con la autorización expresa de los titulares del derecho de autor. Este libro es registrado en Depósito Legal, según lo establecido en la Ley 44 de 1993, el Decreto 460 de 16 de marzo de 1995, el Decreto 2150 de 1995 y el Decreto 358 de 2000.

Editorial UPTC
La Colina, Bloque 7, Casa 5
Avenida Central del Norte No. 39-115, Tunja, Boyacá
comite.editorial@uptc.edu.co
https://editorial.uptc.edu.co

Resumen

Retazos de vivencias es una obra autobiográfica que recoge experiencias personales, académicas, investigativas y administrativas de un ingeniero y docente universitario, cuya trayectoria estuvo estrechamente vinculada a la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC). A través de relatos y memorias, el autor reconstruye episodios que marcaron su vida profesional, desde sus primeros ejercicios laborales en la ingeniería hasta su desempeño como investigador, profesor y rector de la universidad. La obra describe procesos de transformación institucional, iniciativas académicas, proyectos de investigación, ampliaciones de infraestructura, modernización administrativa y acontecimientos significativos que contribuyeron al desarrollo de la UPTC. De igual manera, narra vivencias relacionadas con la educación superior colombiana, la gestión universitaria, los desafíos políticos y administrativos de la época, así como situaciones personales que pusieron a prueba su compromiso con la institución. Más que una recopilación de recuerdos, el libro es un testimonio histórico sobre la evolución de la universidad pública regional y sobre el papel de la educación, la investigación y el servicio público en la construcción del desarrollo social y académico del país.

Palabras clave: educación superior, historia de la educación, gestión universitaria, universidades públicas, investigación científica, memorias autobiográficas, desarrollo institucional, administración educativa.

Abstract

Retazos de vivencias is an autobiographical and testimonial work that recounts the personal, academic, research, and administrative experiences of an engineer, professor, and university leader whose professional life was closely linked to the Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC). Through a series of narratives and reflections, the author revisits key moments that shaped his professional journey, from his first engineering experiences to his work as researcher, professor, and university rector. The book documents institutional development processes, academic initiatives, research projects, infrastructure expansion, and administrative modernization efforts that contributed to the growth of UPTC. It also portrays challenges related to higher education management, public service, academic leadership, and the social and political context in which these experiences took place. Beyond a personal memoir, the work offers a valuable historical testimony on the evolution of a regional public university and highlights the role of education, research, and institutional commitment in promoting academic and social development.

Keywords: higher education, history of education, university management, public universities, scientific research, autobiographical memoirs, institutional development, educational administration.

Contenido

Prólogo 15

Retazos de vivencias 27

Antecedentes

Capítulo I. Primeras incursiones prácticas 29

Capítulo II. Un nuevo amanecer 35

Los pioneros
Un soporte académico
De la práctica a la pedagogía
Remembranzas del estudiantado
Relaciones con la clase dirigente
Primera aprobación del programa de minas
Se amplían los horizontes
Fundación educativa Acerías Paz del Río
Fin de una etapa

Capítulo III. Secretaría Académica 59

Nuevos docentes
Crece “El Infiernito”
Enfermería se consolida
La toma de la catedral
Ampliación de la oferta académica

Se concreta un sueño
Presencia de los egresados de ingeniería de minas en Colombia
Finalización de este periodo

Capítulo IV. Nuevo ejercicio académico 71

CEDEC
ASIMET
Un hecho luctuoso
Tragedia en una investigación
Segunda etapa de la investigación de pirólisis

Capítulo V. Un nuevo reto 81

Damas que perduran en la memoria
Un beneficio social
Nuevas adquisiciones para la seccional de Sogamoso
SIAFI
Un encuentro inesperado
Una decisión difícil

Capítulo VI. Nueva rectoría: buscando culminar propósitos.....93

Sistema de información y registro académico (SIRA)
Incremento de la planta física
Una meta por alcanzar
Un tesoro artístico
Fondo patrimonial
Una odisea de dolor

Epílogo 105

Para María Eugenia,
Mayeya, María Clara,
Juan Carlos y Andrés Felipe



Prólogo

Retazos de vivencias, del ingeniero Carlos Sandoval Fonseca, egresado de la tercera promoción de Metalurgia y profesor desde 1973, son las memorias de un personaje que estuvo muy vinculado con la trayectoria reciente de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y de nuestro paso por la institución.

Entre otros temas, el ingeniero Sandoval relata el proceso de crecimiento de la planta docente ocurrido a finales de 1979. Aclaro que comienzo por referirme a este punto porque está directamente relacionado con el contexto en el que tuve la oportunidad de conocer al autor de estas memorias. Atendiendo una convocatoria pública para una plaza de Sociología en el programa de Ciencias Sociales en la ciudad de Chiquinquirá, me presenté en Tunja ante un jurado presidido por el decano Carlos Cuervo Escobar, con presencia del secretario académico, como se denominaba en esa época el cargo de vicerrector; el director de la sede de Chiquinquirá, el antropólogo Víctor Romero; los sociólogos Armando Moncada y Jairo Padilla y otros profesores, para escoger a quien asumiría este cargo.

Hay que reconocer que la Universidad en ese tiempo era muy conservadora y la tradición revoltosa de la Universidad Nacional se veía con recelo. Por otra parte, había poca tradición de concursos públicos en la Universidad -situación que el autor confirma en esta obra-, ya que lo usual era la designación por referencias y recomendaciones. Éramos cerca de once candidatos y había una disputa muy fuerte entre las escuelas sociológicas de Medellín en donde florecían tendencias distintas y que competían con la Universidad Nacional, de la cual yo había egresado. La desventaja era clara, por cuanto dos de los jurados eran egresados y varios de los aspirantes provenían de la Universidad Autónoma Latinoamericana de la capital antioqueña. No me podía hacer muchas ilusiones, pero la balanza tal vez se desequilibró cuando el ingeniero secretario académico tomó en sus manos y ojeó el texto del borrador de mi tesis de sociólogo que versaba sobre el papel del transporte en la formación del mercado nacional, a partir de los caminos nacionales, la navegación en el río Magdalena y, especialmente, sobre los ferrocarriles del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En el debate le dijo a los otros jurados que ese era el tipo de investigaciones prácticas y aportantes que necesitaban la Universidad y el país. Intuyo que esa opinión pesó en la decisión favorable que me permitió ingresar a la UPTC. Ese primer diálogo creó una empatía que nos abrió la puerta a una cercanía, ya como colegas, durante toda mi trayectoria institucional de más de 45 años, que ha perdurado a pesar de caminos diferentes frente a muchos debates sobre la vida universitaria.

En el capítulo I, *Primeras incursiones prácticas*, Carlos Sandoval reconstruye la semblanza de su primera etapa profesional en una mina de oro en el Magdalena Medio antioqueño, y reconoce que esta experiencia inicial como ingeniero raso le dio los fundamentos para su posterior desempeño como docente universitario.

En el capítulo II destaca su papel como impulsor, junto con un grupo de profesores pioneros, de la sede de la Universidad en Sogamoso. Es importante resaltar la red de apoyos institucionales de la ciudadanía y las élites regionales al proyecto que llevaba la educación superior a la provincia. El relato ahonda en la trayectoria de un grupo pequeño de profesores y la relación con la empresa emblemática de esos tiempos, Acerías Paz del Río, y cómo se logró la consolidación del campus con la compra de los terrenos y donaciones de algunos personajes locales.

Llama la atención el papel del exgobernador Álvaro González Santana, posteriormente asesinado en Bogotá como retaliación contra una de sus hijas, quien, debido a su cargo como jueza de la República, fue amenazada de muerte y perseguida por haber iniciado acciones penales contra las mafias del narcotráfico y especialmente contra el capo de capos Pablo Escobar Gaviria y sus aliados por las masacres de más de 90 personas. Hecho que hizo que su familia se viera forzada a abandonar el país. Hoy, en una acción ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, la familia está reclamando al Estado colombiano un acto de reparación por su asesinato, en cuya reivindicación

se involucra asimismo la UPTC. Este texto contribuiría también a honrar la memoria de este insigne integrante del Consejo Superior en un acto de justicia restaurativa.

En el capítulo III resalta la experiencia de la Secretaría Académica, antecesora de la Vicerrectoría. Se refieren los desafíos que enfrentó para la consolidación de nuevos programas como Enfermería, la vinculación de nuevos docentes, el fortalecimiento de la Seccional Duitama, fortín político del entonces rector Juan B. Pérez Rubiano, con la significativa ampliación de la oferta académica: Administración Agropecuaria, Administración Turística y Hotelera, Administración Industrial, Licenciatura en Matemáticas y Estadística, e Ingeniería Electromecánica. Igualmente, menciona los retos que asumió para iniciar Ingeniería Geológica en la Seccional Sogamoso, y la Licenciatura en Preescolar en la sede central de Tunja. En ese momento, se comenzó la construcción de la Biblioteca Central y la creación del "Observatorio Astronómico Muisca de Monquirá", en Villa de Leyva -también conocido como el parque arqueológico del "Infiernito"- un verdadero tesoro arqueológico. Este, sin duda, fue un momento de crecimiento y consolidación de todas las sedes, con excepción de Chiquinquirá, que no era de los afectos del rector, por diversas circunstancias, especialmente por la notoria rebeldía de estudiantes y profesores. Este período culmina con una breve narración sobre su desempeño como rector encargado en 1981.

En el capítulo IV narra sucesos difíciles, complejos y, a veces, dolorosos, de la historia institucional.

En los años 80, las universidades públicas vivieron etapas tormentosas, sobre todo en la forma como las autoridades afrontaban las protestas estudiantiles. Hoy, Colombia ha avanzado en una reflexión profunda sobre este tipo de tratamiento de la protesta ciudadana y del derecho a la protesta, y ha señalado que la llamada "doctrina del enemigo interno" construyó una mentalidad que se afianzó a partir del Estatuto de Seguridad del gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala dentro de las fuerzas armadas y que hizo que muchas de las protestas ciudadanas fueran duramente reprimidas.

Uno de los acontecimientos más dolorosos en los recuerdos de Carlos Sandoval fueron los sucesos de 1987, cuando, en medio de una protesta estudiantil, los disparos de la policía ocasionaron heridas a un estudiante de Metalurgia, y la muerte al estudiante Tomás Herrera Cantillo de la Licenciatura en Ciencias Sociales, quien era oriundo de Mompox. En este último caso, como lo determinó la sentencia que condenó al Estado colombiano por estos hechos, a causa de un acto criminal de un agente del Estado, de un teniente de la policía, quien, violando los protocolos establecidos, disparó con un arma no oficial a los estudiantes. Situación que se presentaba con frecuencia en esos años y que muchas veces quedó impune.

En relación con estos temas de la protesta, sus motivos y la violación de los derechos humanos por parte del Estado, el exrector Sandoval reconstruye en estas memorias unos hechos acaecidos en 1979, muy

significativos y de mucho impacto en los movimientos estudiantiles, pero con final feliz: la protesta estudiantil por la desaparición forzada del estudiante de Agronomía Hernando Benítez, quien fue capturado sin orden judicial por organismos de inteligencia, ocultado y torturado, según se supo. En respuesta a esta situación y a la arremetida de la policía, los estudiantes comenzaron a protestar inmediatamente en la plaza de Bolívar. Este hecho, de notoriedad nacional, es conocido como "el Catedralazo", pues el movimiento estudiantil continuó de forma constante en la toma del templo mayor de Tunja hasta que el estudiante fue liberado. Gracias a la solidaridad universitaria, este alumno salvó su vida y se evitó que le ocurriera lo que posteriormente se tipificó como delito de desaparición forzada, que no existía en esa época en la legislación. Extrañamente, el secuestrado apareció en la ciudad de Zipaquirá con visibles signos de tortura y maltrato. Tuvo que salir del país para proteger su vida.

Los historiadores y la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad reconstruyeron muchos episodios similares de violencia contra las universidades a partir de políticas equivocadas de derechos humanos del Estado colombiano para el tratamiento del pensamiento divergente. Hay que reconocer que estas remembranzas son actos de valor civil poco tenidas en cuenta en las historias institucionales.

En los años ochenta y noventa del siglo XX y las dos primeras décadas del siglo XXI, la UPTC, como todas las universidades públicas, vivía un proceso

de persecución por agentes del mismo Estado, tema que fue enfrentado desde la Rectoría en defensa de sus estamentos y de su autonomía. El entonces rector Sandoval narra que en la UPTC había agentes que luchaban por los derechos humanos, como el padre Noé Salamanca, con muchos otros profesores y profesoras que participaron en la defensa de esos valores democráticos, como los profesores Alfonso Tamayo y Armando Moncada, profesoras de la Facultad de Enfermería y de otras facultades, y directivos de la Asociación de Profesores Universitarios (ASPU). Algunos de ellos fueron amenazados y debieron abandonar la ciudad de Tunja, en un hecho sin precedentes en esta capital.

En ese momento, Colombia iniciaba una etapa de antidemocracia y violación sistemática y frecuente de los derechos ciudadanos, un camino hacia el Estado represor a través de una persecución contra los líderes sociales, especialmente agrarios, estudiantiles y sindicales. Este modelo represivo posteriormente va a tener gravísimas consecuencias, como se ha evidenciado en numerosos episodios que han salido a la luz gracias a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP).

En el capítulo V se menciona un hecho que vale la pena destacar, el apoyo del mandato rectoral de Carlos Sandoval a la creación de RUDECOLOMBIA, el primer doctorado en red integrado por diez universidades públicas colombianas, que, a su vez, fue el primer programa de doctorado con sede en la UPTC. Fuimos testigos de ese proceso con el dinamismo de Diana Soto

y el acompañamiento de Luis Wiesner, al que luego se sumarían Javier Ocampo López y otros profesores de la Maestría en Historia. Con ellos empezamos a dar los primeros pasos para la consolidación de un proyecto de doctorado que en la institución no era posible, dado que el número de doctores en el campo de la historia era insuficiente, lo cual era la principal debilidad institucional. Además, fue necesario enfrentar la incomprensión de colegas de otras universidades que trabajaban en la creación de nuevos doctorados en el país, pues algunos de ellos incluso publicaron un aviso en la prensa nacional en el que solicitaban al Ministerio de Educación que no se le otorgara autorización a las "universidades de provincia" para la creación del programa. Afortunadamente, la Universidad contó con el apoyo del filósofo Guillermo Hoyos Vásquez, presidente del Consejo Nacional de Acreditación (CNA), organismo encargado en ese entonces del tema. RUDECOLOMBIA y la UPTC deben al filósofo Hoyos inmensa gratitud.

En 1998 se inicia el primer programa en red con sede en Tunja, con una línea de formación en historia de la educación. Hay que decir que sin el apoyo irrestricto del entonces rector y, a través de él, de las autoridades de la UPTC, este propósito no hubiera podido consolidarse.

Estas memorias reconstruyen, en el capítulo VI, los dos mandatos como rector entre 1994 y principios del año 2000. Dos grandes transformaciones marcan la transición que vivió la UPTC en la década del 90 y, como consecuencia de ello, la Universidad experimentó

una de las crisis más notorias de su historia reciente. Quizás el mayor desafío que enfrentó y que le ocasionó serios problemas judiciales a quien es quizás la única persona que ha ocupado la Rectoría en tres ocasiones. La primera coyuntura fue la adquisición y modernización de los sistemas informáticos, tanto del Sistema de Información Administrativa y Financiera Integrada (SIAFI) en 1996 como del Sistema de Registro Académico (SIRA). La institución vivía una verdadera revolución informática. Se adquirían los primeros computadores personales y se reemplazaba el viejo computador IBM 360 que funcionaba en la casona de la hacienda donde se erigió el campus. Estos procesos exigieron tortuosas, delicadas y riesgosas migraciones de la información, especialmente de la nómina y la información académica que contenía la historia de estudiantes y profesores, y el sistema de admisiones, matrículas y calificaciones. La rápida transformación tecnológica produjo muchas resistencias administrativas y dificultades para la transición de los métodos tradicionales hacia los sistemas automatizados por parte de sectores de la comunidad universitaria, especialmente de muchos funcionarios refractarios a los nuevos tiempos. Algún día se podrá profundizar en esta resistencia cultural al cambio y sus costos institucionales. La Universidad vivía, además de esta revolución tecnológica, una lucha de los partidos y sectores tradicionales que querían tomar el control de esta. Supimos de conversaciones de sectores conservadores que decidieron "derrocar" a los liberales en el manejo de una de las instituciones más rentables para el clientelismo regional, aprovechándose en sus

análisis de coyuntura del dominio partidista de los organismos de control del Estado y el afán de poder de algunos politiqueros.

Aunque estas memorias pasan muy rápido sobre estos hechos, Carlos Sandoval Fonseca era el primer rector elegido autónomamente por el Consejo Superior luego de la consulta a los estamentos. El hecho de haber llegado a la Rectoría en estas circunstancias le hizo padecer una transición difícil, dado que era la comunidad la que determinaba quiénes podrían ser elegibles como rectores y no los mecanismos clientelistas que hacían que el presidente de la República les entregara las universidades a los políticos regionales como tradicionalmente se hacía desde comienzos de la República en el caso de las universidades del orden nacional desde su creación. Los rectores -elegidos ahora por los voceros de la comunidad universitaria en el Consejo Superior, en el marco de la autonomía universitaria consagrada en la Ley 30 de 1992- en adelante serían más autónomos y menos determinados por los poderes, especialmente de los parlamentarios y casas políticas, que se vieron debilitados.

Así, los problemas judiciales que enfrentó Carlos Sandoval Fonseca personalmente y su equipo directivo, en parte, fueron secuelas, por un lado, de la instrumentación judicial y política de los problemas administrativos de la transición de la revolución informática que experimentaba la Universidad y, por otro, de la gran transición de la aplicación de

la Constitución Nacional de 1991 en el ejercicio de la autonomía universitaria, que dejaba viudas del poder a las élites regionales y locales de la política tradicional. Fue, según nuestro punto de vista, una batalla contra la autonomía universitaria por parte de los sistemas clientelistas tradicionales que veían como una amenaza a sus intereses a los pequeños avances de la democratización interna de la universidad colombiana, que vino acompañada de otros procesos democráticos como la elección popular de alcaldes y la elección de gobernadores. Hechos que, de alguna manera, desacomodaron los poderes dentro de las universidades, y que deben ser objeto de análisis de la historia de la universidad colombiana, puesto que en otras instituciones regionales significaron una arremetida violenta de los clanes políticos contra los movimientos universitarios, con muertos, amenazas y desapariciones.

Sabemos que escribir memorias es enfrentar fantasmas del pasado. Sin embargo, de manera valiente e inusual, ante el silencio de muchos actores de la vida universitaria, Carlos Sandoval Fonseca nos presenta un interesante relato que, desde su visión personal, obliga a evocar las memorias de muchos otros y que puede ser el camino de otras reflexiones sobre los recuerdos de los protagonistas de nuestra historia colectiva como universidad.

Javier Guerrero Barón
Sociólogo - Doctor en Historia de la
Universidad Nacional de Colombia

Retazos de vivencias

Antecedentes

Sin pretender realizar una sinopsis biográfica de mi vida profesional, deseo rememorar algunos hechos que marcaron mi devenir.

Recién graduado, en momentos de sosiego y de largos silencios, me venían a la mente pensamientos perturbadores sobre mi futuro. En ese entonces, en 1965, tenía veintiún diciembres y reflexionaba sobre la dura realidad del momento: no tenía experiencia profesional y pensaba que mis conocimientos eran incompletos y deficientes.

Como la vida se compone de decisiones, emprendí la tarea de perfeccionarme en la lengua de Rousseau, pensando que podría aspirar a cursar una maestría en la Universidad de Lieja; pero una cosa es pretender un ideal y otra, hacerlo realidad. Con muchas limitaciones, compartía habitación en Bogotá con mi gran amigo Álvaro Camargo Molano; mi sustento corría por cuenta de mi madre, doña Bertha Fonseca de Sandoval, y además obtenía algunos ingresos dictando clases de Física en el colegio Max León.

CAPÍTULO

01



Primeras incursiones prácticas

Transcurría el año 1968 cuando me enteré por un colega de que en Segovia (Antioquia) necesitaban ingenieros. Escribí a una dirección de Bogotá y con la respuesta que recibí también venían dos tiquetes de avión: uno para Medellín en Avianca y otro para Otú en avioneta, para que viajara a esos lugares a presentar una entrevista.

Comenzaba la aventura, tanto en los aspectos sociales como profesionales. Mi emoción era inmensa. Tomé el vuelo para Medellín en el aeropuerto El Dorado. Para no mostrar mi ignorancia, pues nunca había viajado en avión, miré de reojo a mi vecino de silla para poder ponerme el cinturón de seguridad. Además, las sensaciones tanto en el despegue como en el aterrizaje de la aeronave me causaron algo de desazón.

El vuelo a Otú partió del aeropuerto Olaya Herrera; solamente éramos tres pasajeros. No puedo expresar la angustia que experimenté al observar que el trayecto era sobre la selva del nordeste antioqueño. Y, por si fuera poco, el cambio del tanque de combustible sucedió en pleno vuelo. La hélice se detuvo y, como por arte de magia, reinició su labor, con la inyección de nuevo comburente. En ese instante, uno de los pasajeros, que era el cura párroco de Segovia, agachó la cabeza y se santiguó.

Mi vida, antes de este viaje, había transcurrido en un paisaje de colinas suaves, matizado de verdes variopintos y con un clima realmente frío. La visión del nuevo panorama era majestuosa: vegetación de

árboles muy altos y frondosos, gran diversidad de aves y animales silvestres, clima cálido con precipitaciones copiosas. El entorno era totalmente novedoso para mí; llegaba a un legendario territorio minero, donde habitaban personas muy diferentes en costumbres y vestuario.

Geológicamente, la región del nordeste pertenece al Batolito Antioqueño, formado por diorita, cuarzodiorita y granodiorita; contiene vetas de cuarzo aurífero dentro de intrusiones de diques básicos, acompañados de sulfuros de hierro, plomo y zinc, de origen hidrotermal.

Después de los trámites administrativos requeridos, me contrataron en la "Frontino Gold Mines" con un salario de 2500 pesos, para desempeñar la labor de jefe de turno en la planta denominada "María Dama". El gerente de la compañía era el norteamericano M. A. Burke. Mi entrenamiento de inducción corrió por cuenta de un italiano, exsoldado de Mussolini, llamado Federico D'Abanzo. Rápidamente asimilé el funcionamiento de la extracción del oro y la plata por el método de cianuración. La labor se realizaba por turnos rotativos de ocho horas diarias.

El ingeniero manejaba las conductas de entrada a los puntos neurálgicos donde se concentraba la mayor cantidad de riqueza. Velaba por el buen funcionamiento de las plantas de trituración, molienda, concentración gravimétrica y de flotación, así como del sistema de cianuración con cianuro de sodio. Además, supervisaba

la precipitación del oro y la plata con zinc metálico a través del método denominado Merril Crow.

Las jornadas con más responsabilidad para mí eran las de la tarde y la noche, porque quedaba como líder para solucionar cualquier impase. Lo más duro se presentaba en las noches cuando había tormentas con rayos y lluvias torrenciales, lo cual ocasionaba cortes de energía eléctrica. El momento era crítico porque se debía atender el tanque espesador principal subiendo manualmente su rastrillo, debido a que corría el riesgo de cementarse por la finura del material.

Otro episodio memorable era lo vivido en el turno que iba hasta el amanecer, en el que los molinos de bolas, las bombas hidráulicas y demás motores producían un sonido infernal que impactaba dramáticamente los oídos; esto, aunado al cansancio y a largas horas sin haber dormido, me producía alucinaciones musicales en las que escuchaba mambo, cumbia o música de tambores.

En varias ocasiones acompañé al geólogo responsable de dirigir los trabajos de planeamiento del yacimiento en la mina llamada "El Silencio", la más antigua y explotada desde tiempos inmemoriales por españoles, ingleses y norteamericanos. Cuenta con más de cuarenta niveles bajo tierra, y los túneles más profundos tienen sistemas de transporte, desarrollo y seguridad muy modernos; sin embargo, el ambiente de trabajo era muy difícil. Los mineros trabajaban casi desnudos, usaban taparrabo y botas punta de acero.

En estos lugares pululaban las ratas y las cucarachas, lo cual dificultaba al personal mantener sus viandas a buen recaudo. En este ambiente experimenté un calor asfixiante que me producía sudoración intensa y una sed tremenda.

Asumo que por la responsabilidad en mi trabajo, después de dos años me nombraron jefe de fundición del precipitado producido en la planta de concentración. Recuerdo que el reactor donde se procesaba este material era cilíndrico con la tobera de descarga en el medio. Estaba recubierto con refractario de tipo básico, el cual se apisonaba manualmente. Lateralmente tenía un quemador alimentado con aceite combustible para motor (ACPM).

La carga del horno la preparábamos con bórax, soda cáustica, sílice y nitrato de potasio con el objetivo de producir una escoria básica. El proceso de fundición duraba de seis a ocho horas. Luego de eliminar la escoria, el doré (aleación de oro y plata) conseguido se colaba en lingoteras de acero y después se purificaba en un horno de foso, con crisoles de grafito. Las barras obtenidas tenían forma rectangular y se guardaban en una caja fuerte; la clave para abrirla únicamente la conocíamos el gerente de la empresa y yo como jefe de fundición. Las barras se pesaban en una balanza de precisión para luego muestrearlas con un taladro, enviar esta viruta al análisis químico y conocer la ley del oro. Con estos datos, se embolsaban en lonas de algodón fuerte debidamente selladas. Cada lona pesaba una arroba. Este material debía ser entregado

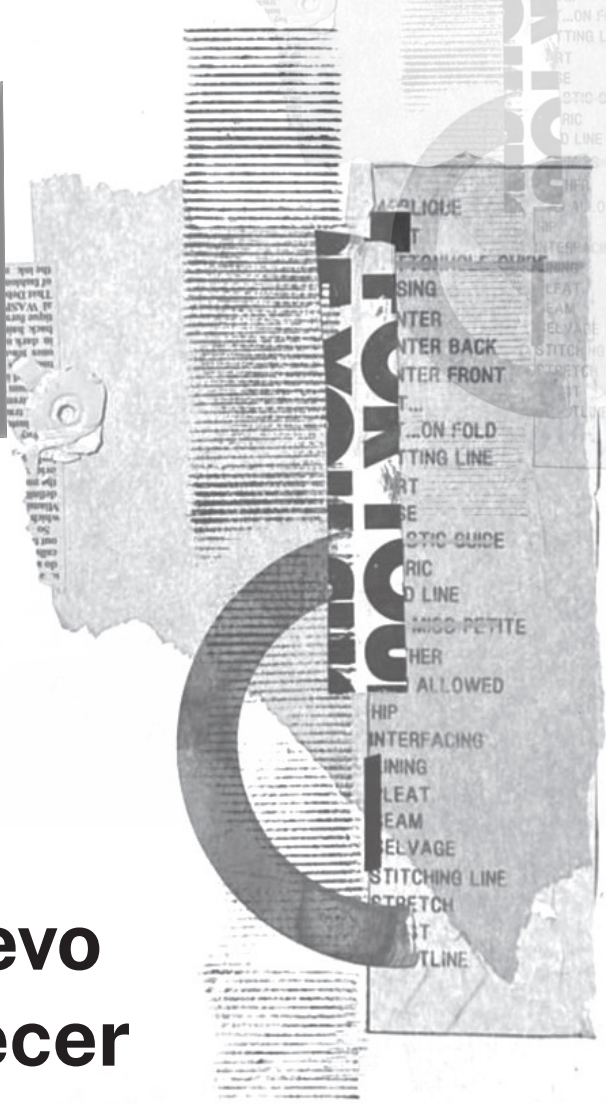
en el aeropuerto de Otú a una empresa aérea que lo remitía a la fundición “Gutiérrez” de Medellín, para separar el oro de la plata por el método de cloruración. El oro lo compraba el Banco de la República a 35 dólares la onza troy.

Nuestra vida social transcurría en un barrio denominado “La Salada”; allí compartía con familias de distintas nacionalidades. A los ingenieros nos brindaron casas individuales. Contábamos con un club social y un campo de golf llamado “El Tigrito”. Mi hándicap fue muy regular.

Este tiempo como ingeniero raso fue fundamental en mi formación tanto personal como profesional. Siempre manejé buenas relaciones con mis colegas y los operarios. No tuve problemas laborales y en el orden personal adquirí experiencia para afrontar futuros retos.

CAPÍTULO

02



Un nuevo amanecer

La UPTC siempre anheló comprometerse con la formación de estudiantes en la ciencia minera. La idea nació en 1961; desafortunadamente, por una recomendación externa argumentada por la falta de recursos humanos y físicos, su fundación se postergó un lustro, pero finalmente se concretó en la Resolución 033 de 4 de febrero de 1972.

El marco jurídico que le daba obligatoriedad a las decisiones en la UPTC era el Decreto 1259 de 1971, que otorgaba plenos poderes a los rectores de las universidades públicas para tomar decisiones en el funcionamiento de la institución. El Consejo Superior perdía su capacidad de legislar y únicamente quedaba habilitado para aprobar el presupuesto y crear nuevas unidades académicas.

Para esta decisión tan importante se contó con la experticia del ingeniero metalúrgico Hernando Mesa Pérez, quien desempeñaba el cargo de secretario académico, e igualmente, del ingeniero Eduardo Machado Leyva, decano de la Facultad de Ingeniería.

Como sede para este proyecto fue acertadamente escogida la provincia de Sogamoso, sin duda, por hallarse en esa zona Acerías Paz del Río, con sus explotaciones de yacimientos de hematita, carbón y carbonato de calcio; además, por estar presentes la empresa cementera de Nobsa, el Parque Industrial INDUMIL, Erecos (materiales industriales), Fosfatos de Boyacá, la industria alfarera y los microempresarios del carbón.

Esta idea se hizo realidad, obviamente, apoyándose en el recurso humano que contaba con experiencia en este campo. El primer nominado para tan alto desafío fue el geólogo Luis Francisco Medina Valderrama, designado director de la Escuela de Minas; profesional con profundos conocimientos prácticos en geología adquiridos en Ingeominas y durante estadías en España y Alemania. Como su ayudante de campo, tuve el privilegio de acompañarlo a inicios de 1972, dado que poseía la experiencia en la industria del sector minero.

El peldaño inicial fue la consecución de la primera sede. Una antigua casona de propiedad de Daniel Gómez Vargas ubicada en la carrera 11 n.° 12-38. Actuó como agente inmobiliario la firma Reina y Santamaría. El inmueble, tomado en arriendo, llevaba varios meses sin uso; tenía un patio claustrado con marquesina, habitaciones con piso tablado y en la parte trasera, un gran solar. Las conexiones eléctricas e hidráulicas eran muy antiguas y deficientes.

Por lo tanto, la labor pionera consistió en adecuar el inmueble para que pudiera servir a las funciones de dirección, secretaría, almacén y aulas de enseñanza. Junto con el personal de apoyo, todos colaboramos en la "viruteada"[1] y encerada de los pisos de madera, y en la confección de los tableros para los salones con cemento y pintura verde mate. La dotación de las

1 Virutear, según el *Diccionario de americanismos* de la Asociación de Academias de la Lengua española, significa: "tr. Co, Arg. p.u. Cepillar los suelos de madera con viruta".

oficinas, pupitres para las aulas, escritorios para la sala de profesores y una incipiente biblioteca, provino de Tunja.

El ingeniero Julio San Pedro -egresado de la Universidad de Clausthal (Alemania), asesor académico de la Escuela de Minas-, el geólogo Medina y yo nos dedicamos varios días a rediseñar el currículo, porque debería ser aprobado por el Consejo de Facultad que sesionaba en Tunja.

La malla curricular era muy novedosa porque se desarrollaba por ciclos; en orden ascendente formaba: técnicos en cuatro semestres, auxiliares de ingeniería, en seis, e ingenieros, en diez. Los estudiantes recibían formación en los campos de geología y minas desde el primero al décimo semestre. Para el soporte práctico se contó con el SENA a través de un convenio interadministrativo, por el cual cada institución tenía la facultad de admitir estudiantes, compartir instalaciones y recursos docentes. Con ello se buscaba formar personal para las empresas del sector y disminuir la deserción estudiantil.

Los pioneros

Es importante mencionar a las personas que colaboraron denodadamente para que ese reto no fracasara. Se exalta la labor del geólogo Luis Francisco Medina Valderrama, persona fundamental para conseguir que la Universidad dotara a la Seccional de un mínimo vital para subsistir. La secretaria de la

Escuela, Leticia Molano Ortiz, también fue un apoyo muy importante. Era muy jovencita cuando ingresó y poseía una excelente memoria; como dato curioso, se sabía los códigos de cada uno de los estudiantes. Manejaba el archivo, las hojas de vida, el registro de calificaciones y ayudaba en el manejo de la caja menor. Para el manejo de la biblioteca y el almacén estaba Hugo Jiménez Vega, excelente funcionario y cumplidor sin tacha. El aseo y el café estaban a cargo de Julia Corredor, muy responsable y dedicada a esta labor. Contábamos con los celadores Alfredo Camargo, oriundo de Tibasosa, y Efraín Pongutá, muy diestro en el negocio del ganado; así como con el jardinero Arcenio Molano Fonseca.

De los colegas profesores, que fueron incorporándose a medida que aumentaban los semestres académicos, destaco a los ingenieros Álvaro Díaz Chaves, Pedro Ochoa Mancipe, Jairo Paerez Avella, Jorge Romero, Álvaro López López, Enrique Farfán Flórez, Ricardo Pulido, Héctor Alirio Pérez Rodríguez, Raúl Obando Reyes y el matemático Luis G. Vargas B.

Un soporte académico

Las directivas de la UPTC, previendo las futuras necesidades de docentes en el área específica de Minas, celebraron en 1972 un convenio entre la Universidad Nacional de Ingeniería de Lima y la UPTC, suscrito por César Sotillo Palomino, rector de Lima, y Hernando Mesa Pérez, secretario académico de la UPTC. Su objetivo era enviar estudiantes de Metalurgia

de Tunja a formarse como ingenieros de minas en dicha universidad peruana. A su regreso a Colombia, los graduados se comprometían a vincularse como docentes en la Escuela de Minas de Sogamoso.

Diez estudiantes fueron seleccionados. Entre ellos, destaco a Jorge Martínez Ávila, Laureano Hernán Pinzón y Tobías Chaves Cuadros, quienes cumplieron con sus obligaciones contractuales y aportaron su capacidad intelectual no solo como formadores, sino como directores de escuela.

De la práctica a la pedagogía

A las siete de la mañana del 28 de febrero de 1972 inicié la historia académica de la Escuela al dictar la primera clase de la asignatura Matemáticas I. El tema tratado fue lógica matemática, proposiciones y álgebra booliana. Me correspondió la suerte de cambiar las prácticas empresariales por la tiza; no es difícil imaginar mi terror escénico ese primer día. Un giro total que repercutió en mi devenir profesional.

Los docentes de ese momento estábamos todo el día en la casona, bien sea preparando las asignaturas o colaborando en la organización académica y logística necesaria en el proceso.

Con el paso del tiempo, la Escuela de Minas empezó a tomar vuelo. En marzo de 1973 se organizó y celebró con éxito el IV Congreso Nacional de Minería, en el Hotel Sochagota de Paipa. Participé en el grupo de

apoyo junto a Luis Álvaro López Ojeda y Álvaro Díaz Chaves, y a las funcionarias de la UPTC, Mercedes Rivera Cadena, Némesis Cely Perico, Lola Suancha Mendoza, Clemencia Arévalo de Murillo, encargadas de la logística y conclusiones de las diversas comisiones del evento.

La mayor controversia que se presentó en este congreso fue sobre si Colombia debía exportar sus carbones coquizables o, por el contrario, construir la infraestructura para producir un buen coque metalúrgico y, con este valor agregado, colocarlo en el mercado internacional. El tiempo le daría la razón a esta última propuesta. Como ejemplo está la empresa Milpa de Samacá.

De esta manera, surgió en la UPTC la necesidad de formar recursos humanos para apoyar al sector carbonero del país. Para tal fin, el ingeniero Hernando Mesa Pérez estableció contactos con el Instituto del Carbón de Oviedo, España. La Rectoría de la UPTC me seleccionó para especializarme en Petrografía y Análisis Químicos del Carbón. Pero se presentó un pequeño inconveniente porque, si aceptaba, mi sueldo debía ser reducido a la mitad, debido a que no existían los recursos para mi remplazo. Sin embargo, la Universidad me apoyó con el pasaje de avión y logré que el ICETEX me hiciera un préstamo. Viajé con mi esposa María Eugenia Mojica Perico a la provincia de Asturias en España, donde nació mi primera hija, Mayeya Sandoval Mojica. Como resultado de esta experiencia

investigativa publiqué dos libros: *Petrografía del carbón* y *Análisis químico de combustibles sólidos.*

Posteriormente, y con el objetivo de continuar con el propósito formativo, viajaron a España Álvaro Díaz Chaves, para prepararse en plantas de lavado, y Joaquín Wilches Carvajal, en coquización. Este esfuerzo de la UPTC se vio reflejado en las investigaciones realizadas con los estudiantes y en el apoyo a la industria carbonera de Colombia.

Al regresar a Sogamoso fui nombrado director administrativo de la Seccional. Empezaba la labor de solucionar ingentes necesidades locativas ocasionadas por su crecimiento. La casona había llegado a su capacidad máxima, ya no cabía ni una persona más y no se vislumbraba solución inmediata. Y surgió una nueva dificultad: la cancelación por parte del ICFES de la licencia de funcionamiento a la Fundación Universitaria Industrial de Boyacá (FUIB). Por este motivo, dicho instituto solicitó a la UPTC la creación de nuevos programas. De esta manera, el 24 de junio de 1974, mediante el Acuerdo 004 del Consejo Superior Universitario, se aprobaron Ingeniería Industrial y Contaduría Pública como carreras nocturnas.

Es preciso recordar al ingeniero Gonzalo Ricaurte Navarrete, natural de Sogamoso, quien fue trasladado de la sede de Tunja para que colaborara en la elaboración de los planes de estudio y en la incorporación de docentes. Su labor fue titánica debido a la magnitud de las dificultades que se presentaron.

Gonzalo Ricaurte y yo seleccionamos mediante entrevista a los primeros estudiantes entre las personas que habían sido perjudicadas con la cancelación de la FUIB.

La Universidad vinculó al contador Efraín Rosas Carreño para dirigir Contaduría Pública. Como soporte en la secretaría de estos programas se nombró a Olga Leticia Niño de Totaitive, una dama llanera muy joven, dotada de grandes cualidades humanas, de una personalidad impactante y un gran don de gentes. Su trabajo fue fundamental para lograr que el nuevo reto saliera a flote.

En esa época, el alcalde de Sogamoso era un gran líder cívico, Jalil Yunis Katta, quien estaba terminando de construir el nuevo Centro Administrativo de Sogamoso y tomó la acertada decisión de ceder a la Universidad el antiguo edificio de la alcaldía, localizado en la plaza principal. Con este inmueble fue necesario repetir el proceso realizado en la primera sede: adecuar los espacios para enseñanza y nombrar nuevo personal de apoyo en aseo y vigilancia.

Con la ayuda de la comunidad sogamoseña, la Cámara Junior, de la cual era yo presidente del Capítulo, el Club Suamox y la Cámara de Comercio logramos realizar actividades para concientizar a la ciudadanía sobre la importancia de contar en su terruño con la UPTC. Seguramente, este clamor llegó a oídos de la familia Castro Rodríguez, pues uno de sus integrantes, el agrónomo Alfonso Castro, egresado de la UPTC, lideró

la donación a la Universidad de un lote de trece mil doscientos metros cuadrados (13.200 m^2), denominado "Enmedio" y ubicado en las veredas Villita y Malpaso. Dicha tierra colindaba con la proyectada carrera 14. La escritura fue suscrita en 1973 por el rector de la UPTC, Armando Suescún Monroy, y la familia Castro Rodríguez.

Como reconocimiento a esta actitud cívica, el Laboratorio de Petrografía de la actual Seccional recibió el nombre de Luis María Castro Reyes, padre de Alfonso Castro.

Remembranzas del estudiantado

Varias anécdotas vividas con el pequeño grupo de estudiantes de esa época se traen al presente. Una de ellas se refiere a la primera celebración del Día del Estudiante. En esa época no existía ningún tipo de bienestar universitario; por lo tanto, con los profesores y empleados acordamos realizar un pequeño ágape para buscar una mejor integración. El lugar escogido sería, sin duda, nuestro lote donado.

Convinimos en que lo más tradicional era preparar una carne "a la llanera". Leticia Niño se ofreció a donar una novilla de la finca de su padre don Jesús Niño, ubicada en Aguazul. Los profesores, por nuestra parte, hicimos una colecta para adquirir los demás insumos para la elaboración del almuerzo.

La reunión se estaba llevando a cabo dentro de la mayor cordialidad, con risas y música; pero, hacia el final de la tarde, los estudiantes empezaron a lanzar comentarios descorteses contra los profesores. El motivo era un pasquín que estaba circulando, en el cual se decía que "los profesores estábamos comprando la conciencia del estamento estudiantil". No menciono al autor de esta infamia.

Otro episodio que merece recordarse es la primera huelga, promovida por los estudiantes de Ingeniería Industrial. El motivo radicaba en la alta exigencia del ingeniero Gonzalo Ricaurte dentro de su asignatura de Estadística. En la ciudad se hicieron marchas y se lanzaron arengas. Casualmente, en Sogamoso se encontraba el doctor Osman Correal Cabral, rector de la UPTC (1975), quien estaba en la sede de la antigua alcaldía y, ante el posible bloqueo, salió al balcón y les dirigió unas palabras muy emotivas sobre el ideario político del sacerdote Camilo Torres Restrepo, las cuales lograron calmar los ánimos. Posteriormente se solucionó el problema con un diálogo constructivo.

No puede olvidarse una experiencia deportiva ocurrida en 1976. En Sogamoso se desarrollaba un campeonato local de baloncesto, cuyos encuentros tenían lugar en el Coliseo Fabio Riveros Garzón. La afición era numerosa. El favorito era el equipo de la población de Firavitoba, en el que las estrellas eran Gilberto Puerto y Gabriel Patarroyo Moreno. La Seccional preparó su equipo, que contaba con el astro de este deporte, Segundo Juan Agudelo Pérez, estudiante de Minas. Por la calidad

de los nuestros, llegamos al partido final contra el favorito de Firavitoba y, afortunadamente, ganamos en el último minuto, cuando anotamos la cesta definitiva. Obviamente, nuestra alegría fue inmensa.

Las prácticas de los estudiantes eran toda una novela. Inicialmente, se viajaba a Mata Yeguas, una antigua mina de carbón regentada por el SENA. Allí, la enseñanza era teórico-práctica. Pero lo que significaba una verdadera odisea eran las experiencias en las minas de carbón bajo tierra en Morcá, Las Cintas y Tópaga. Los sistemas de explotación de la mayoría de estos yacimientos eran de cámara y pilares, con recuperaciones máximas del 70 %. Las prácticas se hacían en socavones, túneles y cruzadas en condiciones no muy técnicas; se llamaban burreras. Se ascendía con la ayuda de cuerdas y con muy poco equipo de seguridad. La iluminación se suministraba con lámparas de carburo de calcio. En algunas ocasiones se presentaron casos de claustrofobia, que llegaron hasta el llanto y el terror. Los profesores, ante esta situación, teníamos que vencer nuestros miedos y dar ejemplo de liderazgo y valentía. Posteriormente, con la firma del convenio con Paz del Río, las prácticas mejoraron de manera ostensible.

Otro suceso que merece describirse ocurrió en 1976, durante la rectoría del doctor Jorge Palacios Preciado. Ante la necesidad de dotar a los estudiantes de los equipos necesarios para sus prácticas en las minas, me propuse indagar sobre la empresa que suministraba lámparas de minería a las grandes

compañías. Contacté al gerente de la firma alemana CEAG y logré convencerlo para que dicha compañía nos donara todo un set de doce (12) lámparas eléctricas con su respectivo cargador. El argumento que expuse consistía en que nuestros ingenieros, al conocer la calidad del equipo, en su vida profesional seguramente recomendarían su adquisición. La respuesta fue positiva. La segunda parte del proceso fue solicitar a Avianca la traída de las lámparas sin costo alguno, toda vez que éramos una entidad educativa. Logrado este paso, nos correspondió nacionalizarlas a través de un agente aduanero, que financió la Universidad.

Teníamos a la mano el logro completo, pero sucedió algo inesperado, en la aduana se perdieron dos lámparas. Qué dolor, qué pena.

Relaciones con la clase dirigente

Un enamorado de la Seccional fue el gobernador sogamoseño Álvaro González Santana, quien siempre nos apoyó en su mandato. Igualmente, el ya mencionado alcalde Jalil Yunis Katta, un gran líder que nos brindó un apoyo real y concreto al cedernos el palacio de la antigua alcaldía en la plaza de la Villa. No se pueden olvidar los dos diputados de la provincia, Flaminio Malaver Rodríguez y Alfonso Camargo Chaparro, quienes anualmente nos asignaban recursos de la Asamblea Departamental para la adquisición de terrenos, con la finalidad de ampliar lo que se poseía por donación.

En mi memoria están presentes más dirigentes como Darío Vallejo Jaramillo, presidente de Acerías Paz del Río; el arquitecto Emilio Durán Medina; el líder cívico Ciro Vicente Hernández; la parlamentaria María Izquierdo de Rodríguez; el ingeniero Edgar Angarita Jiménez; el senador Jairo Calderón; el exgobernador Héctor Horacio Hernández; el escritor Gabriel Camargo Pérez, y el antropólogo y exrector de la UPTC, Eliécer Silva Celis.

Es preciso expresar un merecido reconocimiento al ingeniero geólogo Benjamín Alvarado Biester, quien nos visitaba con frecuencia. En 1938 fundó el Servicio Geológico Nacional (INGEOMINAS), e influyó en la creación de la "Fundación Acerías Paz del Río".

Primera aprobación del programa de minas

La universidad pública estaba vigilada por el ICFES; de un día para otro nos llegó la notificación acerca de una visita para constatar el desarrollo y progreso de la Escuela. Hicimos un examen riguroso de nuestra situación. ¿Con qué contábamos? Unas instalaciones físicas muy limitadas, con una pequeña biblioteca; los laboratorios de las ciencias básicas se efectuaban en la sede de Tunja; el único bienestar estudiantil que se ofrecía consistía en los servicios de medicina y odontología contratados con profesionales externos. Nuestras fortalezas: mucho orden en la secretaría, hojas de vida y registro de calificaciones; una malla curricular con contenidos escritos; profesores competentes; convenio con el SENA; prácticas con

varias entidades y, lo mejor, una fe inquebrantable en que estábamos haciendo lo correcto.

Alistamos la documentación relativa a los contenidos programáticos y al plan de prácticas. Previamente, nos reunimos con los miembros de la comunidad académica para explicarles la importancia de los conceptos que emitieran.

La comisión evaluadora enviada por el ICFES estaba integrada por un docente de Matemáticas de la Universidad Nacional, un ingeniero de apellido Quiroga, profesor de Metalurgia en la UIS y un docente de la Escuela de Minas de Medellín.

El primer día transcurrió con la acostumbrada reunión inaugural, donde se aportaron los documentos para darles a conocer nuestra situación; visitaron las instalaciones y sostuvimos una entrevista. El argumento fundamental que yo exponía en nombre de la comunidad académica consistía en que nuestro currículo era muy distinto al tradicional de la Escuela de Medellín, puesto que se fundamentaba en un modelo alemán porque estábamos formando ingenieros troperos y no gerentes. ¡Todo un escándalo para algunos sectores universitarios!

En el segundo día, la comisión sostuvo reuniones con estudiantes, profesores y algunos industriales del sector carbonífero. A propósito, el delegado de Antioquia no asistió a estas actividades y su actitud fue siempre displicente.

Finalizada la parte académica, los invitamos a una cena muy bien atendida, donde Olga Leticia Niño desempeñó un papel importantísimo porque prácticamente hizo de anfitriona.

Posteriormente, analizamos los pormenores de la visita, sobre todo evaluando la actitud totalmente negativa del delegado de la Escuela de Minas de Medellín; veíamos un horizonte muy preocupante. Sin embargo, transcurrido un tiempo llegó la respuesta con recomendaciones puntuales y el concepto positivo: se nos concedía Licencia de Funcionamiento según el acuerdo n.° 132 del 27 de junio de 1975, expedido por la junta Directiva del ICFES. Por otra parte, nuevamente esta entidad nos aprobó el Programa de Ingeniería de Minas y nos concedió autorización, mediante el Acuerdo n.° 088 del 11 de junio de 1976, para otorgar el título de ingeniero. El Ministerio de Educación Nacional ratificó esta decisión con la Resolución n.° 5389 del 22 de julio de 1976. En esa fecha, la Rectoría de la UPTC la ejercía el doctor Jorge Palacios Preciado.

Se amplían los horizontes

Como el área donada a la Universidad era insuficiente, tuvieron que ponerse en marcha las gestiones para adquirir nuevos predios. Con ese fin, en 1976, con el doctor Arturo Camargo como rector encargado, se compraron dieciséis mil metros cuadrados (16.000m^2) que hacían parte de un terreno denominado “Potrero del Medio”, por un valor de ciento sesenta mil pesos ($160.000), a la familia Castro Rodríguez, la misma que

había donado el primer lote, el cual colindaba con este nuevo espacio.

En la Seccional estábamos muy preocupados por la insuficiencia de la infraestructura; por eso, aunque aspirábamos a algo grande, como era construir nuestra propia sede, fue necesario alquilar otro inmueble, el cual era de propiedad de la señora Lilia Montaña de Silva Celis.

En la plaza de la Villa existía el almacén "Veracruz", emblemático de Sogamoso porque desde tiempo atrás ofrecía al público telas y variedad de artículos para la confección; su dueño era don Arcenio Montañez, muy apreciado comerciante de origen corraleño.

Supimos que el vecino que colindaba con nuestro terreno era el citado don Arcenio Montañez. Con sutileza, logré conocerlo y entablar una amistad, dado que su carácter era muy jovial. Después de varios intentos, empecé a convencerlo de que hiciera una obra de caridad con la juventud sogamoseña, puesto que él era pudiente y no tenía herederos forzosos; además, si nos vendía un lote a un precio razonable, su nombre figuraría en la memoria de la provincia como un benefactor de la educación.

Aunque inicialmente hubo reticencia de su parte, al final accedió y me puso en el oficio de extraer de una caja fuerte todo un cartapacio de escrituras para localizar la que nos interesaba; el lote se denominaba "El Durazno".

El paso más difícil fue negociar el precio de la tierra. Le ofrecí un valor bajo por metro cuadrado, ante lo cual abrió los ojos con actitud de estupor; sin embargo, fue generoso con el valor que se pactó: cien mil pesos ($100.000) por una fanegada de tierra. La única condición que puso fue que el pago se entregara en efectivo, en la cafetería llamada "Nonpanin". Ante esta solicitud, consulté con Tunja la posibilidad de esta transacción. Por fortuna, nos ayudó el auditor de entonces, Luis Layton, quien viajó a Sogamoso junto con el pagador, para traer el dinero. Vale señalar que estos fondos procedían de los auxilios para la UPTC, conseguidos por los dos diputados de la provincia de Sogamoso.

Después de los trámites de ley, se le entregó a don Arcenio Montañez su dinero en el sitio convenido. Al final le dije jocosamente: "¿Cuáles son los tronches del negocio don Arcenio?" y me contestó muy serio, "ni un tinto Carlos para que aprenda a negociar"; se levantó y nos dio la espalda. La escritura de compra fue firmada en 1977 por el rector Jorge Palacios Preciado.

Igualmente, en la misma rectoría del doctor Palacios Preciado, en 1978 se hizo nueva adquisición a la señora Flor Ángela Fonseca de Castro de un terreno denominado "Versalles" de tres mil ciento once metros cuadrados (3.111 m^2), en la zona urbana de Sogamoso. Su costo fue de ciento cuarenta mil pesos ($140.000).

Es importante mencionar que Sogamoso, a lo largo de su historia, ha impulsado las causas nobles; sus

dirigentes de diversos pensamientos siempre han mirado hacia un futuro promisorio. Ejemplo de ello fue la donación en 1979 a la Seccional por parte de las juntas de acción comunal de un lote de terreno llamado "El Sarmientero", ubicado en la vereda Villita y Malpaso, con una extensión de dos mil quinientos metros cuadrados (2.500 m^2). El representante de la Junta de Acción Comunal era el señor Rafael Hernán Guío, y el rector de la UPTC, el doctor Juan B. Pérez Rubiano.

Por lo tanto, tomando en cuenta lo anterior, se puede concluir que la Universidad era dueña de una extensión de tierra suficiente para iniciar nuevas acciones constructivas.

Fundación educativa Acerías Paz del Río

Acerías Paz del Río ha desempeñado con la producción del acero un papel muy importante en el desarrollo de la provincia de Sugamuxi y ha generado un sinnúmero de oportunidades de trabajo y progreso a sus habitantes.

En la década del 70, Acerías apoyaba muchos eventos cívicos, uno de los cuales era el "Festival del Sol y del Acero", que contaba con una gran parafernalia. El gerente general, el doctor Darío Vallejo Jaramillo, como prohombre de empresa y gran visionario, propuso crear una entidad para apoyar la educación superior en Boyacá. El 10 de septiembre de 1973, con motivo de

la celebración de los 25 años de la empresa, abrió sus puertas la Fundación Educativa Acerías Paz del Río.

El doctor Carlos Albán Benavides fue nombrado director ejecutivo, y el ingeniero Edgar Angarita Jiménez, secretario ejecutivo. Al enterarme de tal acontecimiento, entré en contacto con tan notables personajes. El doctor Albán, abogado oriundo de Pasto, poseía un inmenso don de gentes; muy agradable y simpático en su conversación, y una indeclinable dedicación al trabajo. Por su parte, el ingeniero Angarita era líder social con una vasta experiencia en la industria. Desde su sede en Belencito tenía a su cargo la Dirección de Relaciones Industriales y la gran responsabilidad del manejo de personal.

Mis primeros acercamientos a la Fundación buscaban la financiación de un concurso para los diseños y planos de detalle de la futura planta física de la Seccional. La Fundación aceptó y se designó presidente del jurado calificador del concurso al renombrado arquitecto Gonzalo Vargas Rubiano. Hay que mencionar que participaron varias firmas. La escogida fue "Plata y Vargas", de Sogamoso.

La Fundación decidió revisar los diseños de los laboratorios y nombró a la firma del arquitecto opita Álvaro Hermida para que actualizara la propuesta original. El resultado fue un modelo de construcción similar al de las universidades alemanas, con cátedra al frente y los puestos de trabajo en forma lineal con

sus aditamentos para la energía, agua y gas. Muy semejantes a los construidos por Julius Sieber en Tunja.

Mi labor en esa época consistió en coordinar con la dirección de la Fundación la escogencia de equipos, libros y material didáctico de apoyo, para remitir esta información a la firma importadora que trabajaba para la Empresa Paz del Río. Como fruto de esa interacción se importaron de los Estados Unidos las colecciones de rocas y minerales de la firma WARDS, para la formación de nuestros educandos en las áreas de mineralogía y petrografía. Igualmente, se trajo el equipo para preparar secciones delgadas y probetas de carbón, con su correspondiente cortadora y materiales abrasivos.

Como apoyo a la investigación, se adquirió de Alemania, a la firma LAITZ, un microscopio Orto Lux Pol y un contador de puntos para el estudio de los macerales del carbón. Vale anotar que la empresa Paz del Río no contaba con estos equipos. Adicionalmente, se compró una serie de microscopios de luz transmitida, para el uso diario de los estudiantes que cursaban áreas de petrografía.

Uno de mis aportes como docente consistió en entrenar y formar a una excelente persona, el señor Carlos Vargas, en el manejo del microscopio Orto Lux Pol y en el empleo del contador de puntos. Fue enviado a la Universidad Nacional, sede Bogotá, con el fin de capacitarlo en la elaboración de las secciones delgadas. Con gran orgullo tengo que reconocer que Carlos Vargas me superó con creces en su capacidad

analítica en este ramo de la tecnología. ¡Valió la pena esta labor!

Adicionalmente, es importante señalar que la Fundación Acerías Paz del Río hizo una valiosa contribución para premiar a los mejores bachilleres boyacenses con becas para estudiar en las principales universidades de Colombia. Y ofreció becas de doctorado a profesionales boyacenses para formar recursos humanos de alto nivel, con lo cual se benefició toda la región. Muestra de ello fue el doctorado obtenido en Metalurgia de Cuchara por Alfonso López Díaz en Alemania, y el de Ensayos no Destructivos cursado en los Estados Unidos por Jesús Santafé.

Fin de una etapa

Mi vida profesional transcurría entre la administración de la Seccional y la participación en actividades cívicas. Con varios colegas nos agrupamos para construir un pequeño barrio, dirigido por el ingeniero Jairo Paerez Avella y financiado por el Banco Central Hipotecario. Las viviendas las empezamos a disfrutar en 1978. Recuerdo a nuestros vecinos: Héctor Alirio Pérez y Martha Lucía Sandoval Rodríguez, Ignacio Báez R., Rodolfo Barón y Ricardo Pulido.

Entre tanto, la Fundación Acerías Paz del Río avanzaba en su proyecto de construcción de la sede de la Seccional. Prácticamente estaban listos los planos arquitectónicos y los estudios estructural, eléctrico e hidráulico.

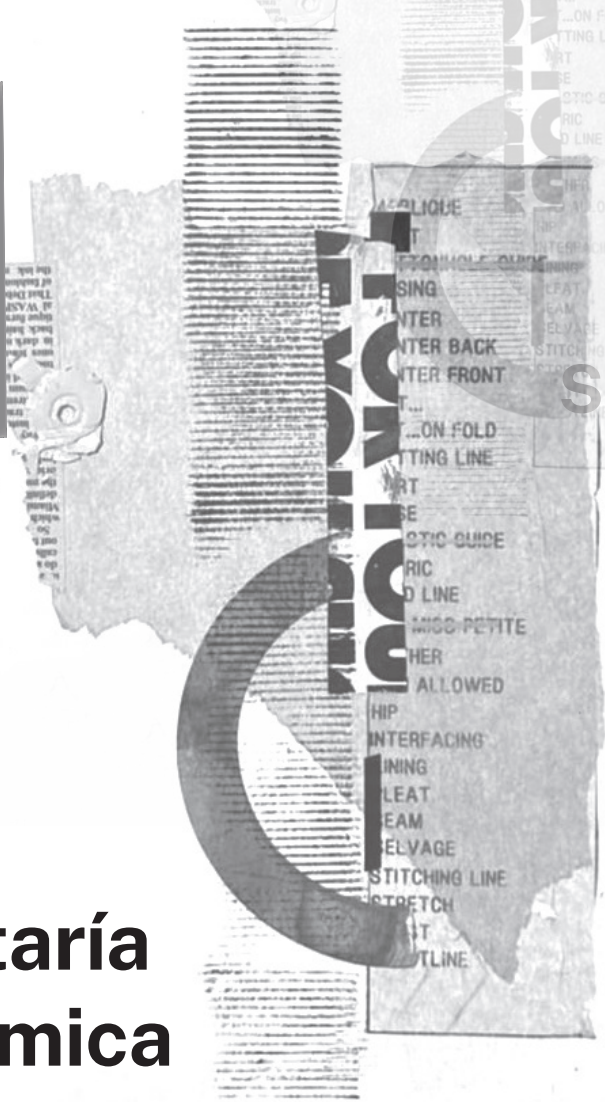
De repente, se viene lo imponderable: la lucha por la Rectoría de la Universidad. El 15 de marzo de 1979 fue elegido el doctor Juan Bautista Pérez Rubiano, profesional muy prestante, con bastos conocimientos en economía. Había regentado toda la problemática de las esmeraldas y poseía gran experiencia administrativa. Sus nexos con el Ministerio de Educación y el ICFES eran reales y muy importantes. Pero el nombramiento de este nuevo rector cayó como un "baldado de agua fría" en un sector del profesorado de Tunja que aspiraba a seguir la línea del continuismo.

El doctor Juan B. Pérez, investigando entre los docentes, conoció mi labor en Sogamoso, así que viajó a entrevistarme personalmente y a invitarme a que lo acompañara en la Secretaría Académica. Al comienzo dudé en aceptar este ofrecimiento por varias razones que le expuse: la más importante, el dejar inconclusa la construcción del edificio de la Seccional, además de mis contactos cívicos en la ciudad; en el ámbito personal, mi desplazamiento a Tunja implicaba alterar mi vida familiar, residir lejos de mi esposa y tres hijos pequeños.

El rector me prometió que, con el apoyo del doctor Lloreda, ministro de Educación, conseguiría los recursos adicionales para completar la planta física ofrecida por la Fundación Acerías Paz del Río, con la construcción de la biblioteca, oficinas de administración y salón de profesores. Ante esta promesa y el mandato rectoral, decidí viajar por un tiempo diariamente a Tunja. Así, me instalé en una oficina pequeña del Edificio Central con la expectativa de cumplir un nuevo reto.

CAPÍTULO

03



Secretaría Académica

El cambio de director de Seccional a secretario académico fue inmenso. Esta entidad era responsable del buen funcionamiento académico de la Universidad. Atendía a los profesores y a los estudiantes, aunque la relación con estos últimos era muy asidua e intensa.

No existían los tan nombrados asesores académicos, y para ejercer este agobiante proceso solamente contaba con una secretaria, la señorita Cecilia Álvarez García; pero ella era un portento, poseía una dicción extraordinaria y conocía la mecánica de la oficina. Con ella preparábamos los proyectos de acuerdos del Consejo Superior y las resoluciones rectorales. Como me correspondía elaborar las actas del Consejo Superior, yo se las dictaba a doña Cecilia, quien, sobre la marcha, me ayudaba a corregir la redacción del documento, sobre todo el "que galicado" que tanto le preocupaba al doctor Max Gómez Vergara, miembro de dicho Consejo.

Nuevos docentes

Entre las diversas actividades que el rector me delegó, estaba la selección de nuevos profesores para fortalecer la academia en los programas vigentes. Me apoyé en el colega Héctor Fabio Ospina de Psicopedagogía, a quien consideraba una persona imparcial desde el punto de vista político. Juntos entrevistamos a varios profesionales.

Mi propósito consistía en vincular profesionales con ideas novedosas, que impulsaran nuevos derroteros de

pensamiento crítico. Así, inicialmente se escogieron, entre otros, a Wilson Valenzuela, Carlos Arturo Londoño y Javier Guerrero Barón. Considero que acertamos en la decisión.

Crece "El Infiernito"

No debe quedar en el olvido un asunto que me correspondió manejar: la adquisición para la Universidad de parte de los terrenos del Parque Arqueológico "El Infiernito" de Villa de Leyva. En esa época, el secretario de Investigaciones era el doctor Javier Ocampo López. Al conocerse que el propietario del terreno en el que estaban los monolitos chibchas era el señor Martiniano Aguazaco, el doctor Ocampo y yo fuimos comisionados para negociar la compra. Acordamos una cita en las horas de la noche con dicho señor, quien se presentó con su indumentaria característica de ruana y sombrero. Al comienzo tratamos diferentes temas; luego, cuando entramos en confianza y en medio de la tertulia al calor de una botella de Onix Sello Negro, bien entrada la noche, el señor vendedor aceptó la oferta de la Universidad; así que firmamos la promesa de compraventa de once mil trescientos metros cuadrados (11.300 m^2) por un valor de cuatrocientos mil pesos ($400.000). A propósito, con el segundo brindis, el doctor Ocampo comenzó a disfrutar de un plácido sueño. La escritura, firmada por el rector Juan B. Pérez, se protocolizó el primero de septiembre de 1980. Habíamos recuperado para Colombia un patrimonio arqueológico de inmenso valor.

También en 1980, la UPTC le compró al señor Marcos Mateo Luis Munévar Peña un terreno aledaño a El Infiernito por doscientos cincuenta mil pesos ($250.000), con una extensión de una hectárea aproximadamente. Con ello, las investigaciones arqueológicas contaban con el terreno suficiente para continuar con los trabajos de rigor.

Enfermería se consolida

Indudablemente, el problema más difícil que me correspondió afrontar fue la situación del Programa de Enfermería. Esta carrera había sido creada en 1974 por el doctor Armando Suescún Monroy, pero en 1979 aún no se habían graduado los primeros profesionales. Tal vez, el error inicial consistió en adscribir Enfermería simultáneamente a la Facultad de Ciencias y a la de Educación. Al emitirse la Ley 80 de 1980 cambió totalmente el panorama porque ordenaba crear la Facultad de Ciencias de la Salud y en ella incorporar el programa de Enfermería.

Como solución para organizar el currículo y la parte administrativa según las nuevas directrices nacionales, se contrató a la profesional en Enfermería, doña Aminta de Garrido, quien había sido docente en la UIS y poseía amplia experiencia profesional. Su labor fue muy fructífera, pues con el apoyo del cuerpo docente estructuró una nueva visión con cambios sustanciales en la parte teórico-práctica y en los contenidos programáticos.

Otra dificultad por superar consistió en lograr que el ICFES nos otorgara la aprobación para graduar nuestra primera promoción. Gracias a los buenos oficios de una profesional en Enfermería, Cecilia Silva Mojica, graduada en los Estados Unidos, fundadora de Enfermería Superior en la Universidad Javeriana, logramos que nos dieran una luz de esperanza, la cual se concretó con la Aprobación del Programa mediante el Acuerdo n.° 228 del 4 de noviembre de 1980.

La toma de la catedral

Un hecho inolvidable, que viví desde la Secretaría Académica, fue la toma de la Catedral por los estudiantes. Estos se encontraban protestando en la plaza de Bolívar por la desaparición de un estudiante de Agronomía de apellido Benítez y al verse cercados por el ejército se refugiaron en este templo, donde permanecieron durante aproximadamente 48 horas.

Los contactos con monseñor Trujillo Arango, arzobispo de Tunja, la intervención del párroco de la Universidad, Noé Salamanca, y los buenos oficios de varios profesores como Armando Moncada y Alfonso Tamayo Valencia, entre otros, consiguieron que las autoridades militares permitieran la evacuación pacífica del recinto religioso.

Con el apoyo de los vehículos de los profesores y empleados de la UPTC se logró el traslado a buen recaudo de los estudiantes hasta el Edificio Central de la Universidad. No puedo olvidar la majestuosidad de

la plaza de Bolívar con el batir de pañuelos y banderas por parte de la ciudadanía que festejaba el feliz término de este hecho histórico.

Ampliación de la oferta académica

El rector Juan B. Pérez tenía excelentes relaciones con el ministro de Educación, el doctor Lloreda Garcés, lo cual le facilitaba el respaldo del ICFES y contar con un gran apoyo financiero para la UPTC. Esto se tradujo en la apertura de nuevos programas para la Seccional de Duitama, a saber: Administración Agropecuaria, Administración Turística y Hotelera, Administración Industrial, Licenciatura en Matemáticas y Estadística, e Ingeniería Electromecánica. En Sogamoso, con el apoyo de la Escuela de Minas, se fundó Ingeniería Geológica con énfasis en Geotecnia, y en la sede central de Tunja se creó la Licenciatura en Preescolar.

Como se puede observar, se presentó una gran expansión de nuevas oportunidades para la formación de nuestra juventud. En esta especial circunstancia, la Secretaría Académica elaboró gran cantidad de documentos con el fin de soportar este logro académico.

No puedo dejar de resaltar el apoyo financiero que recibió la UPTC por parte del Ministerio de Educación para la construcción de la parte administrativa de la Seccional Sogamoso e Igualmente, la edificación de la biblioteca de la Seccional Duitama y la estructura de la biblioteca de Tunja. Esta última diseñada por el

arquitecto Álvaro Rivera Realpe de forma muy similar a la de la Universidad Javeriana.



Se concreta un sueño

La Fundación Educativa Acerías Paz del Río adjudicó la construcción de las aulas y laboratorios para la Seccional Sogamoso a la firma Prisego Ltda., nombró interventor de esta obra al arquitecto Álvaro Hermida y, como apoyo en esta labor, al arquitecto Pedro Totaitive. En septiembre de 1980 se entregaron 16 aulas de clase con sus respectivas baterías de baños.

La UPTC, por su parte, con recursos provenientes del Ministerio de Educación invirtió en la construcción de dos bloques de aulas, cada uno compuesto de 8 unidades.

Este sueño felizmente se hizo realidad con la inauguración de la nueva sede de la Seccional Sogamoso el 3 de marzo de 1981, durante la rectoría del doctor Juan B. Pérez Rubiano.

Al reflexionar sobre todo este proceso, me doy cuenta de que la creación de la Seccional en este lugar recóndito del Valle del Sol se ha constituido en un nuevo polo de desarrollo para la ciudad. Así lo demuestran el incremento de la malla vial de Sogamoso con la construcción, en doble calzada, de las carreras 14 y 18 y de la calle 4 sur, con su correspondiente transporte multimodal; los nuevos barrios colindantes, con su pujante comercio y oferta de servicios tecnológicos; e igualmente, la fundación en este entorno del Colegio Politécnico Álvaro González Santana.

El impacto físico ha sido enorme porque la Seccional cuenta con un bellísimo campus universitario, todo un ecosistema integral compuesto por laboratorios, auditorios, museos, edificios modernos, biblioteca, cafetería y campos deportivos.

En la actualidad, asombra el crecimiento de la Seccional en el aspecto académico, con sus programas de pregrado, maestría y doctorado. Lo vislumbro como una colosal hazaña.



Presencia de los egresados de ingeniería de minas en Colombia

Como resultado del esfuerzo que han realizado tanto la UPTC como el Programa de Minas, sus exalumnos han brillado en el contexto nacional por sus logros profesionales. Destaco, entre otros, a los siguientes ingenieros:

- Fernando Chávez Castiblanco, vicepresidente del Cerrejón.
- Luis Gabriel Chiquillo Díaz, dirigente gremial del sector minero del carbón en Colombia, gerente de mina Sanoha S.A.S.
- Manuel Romero Balaguera, viceministro de Minas.

- Luis Guillermo Barrera Gutiérrez, representante a la Cámara, alcalde de Sogamoso.
- Luis Alejandro Fonseca Páez, Ph.D. en Ingeniería de Materiales, decano Seccional Sogamoso.
- Ángel María Larrota García, gerente empresa Agregados Santa Lucía S.A.
- Carlos Enrique Parra Castellanos, ingeniero de Milpa S.A.
- Jorge Enrique Casteblanco Reyes, líder y gerente del proyecto Catedral de Sal de Zipaquirá.
- Oscar Mancera, Senior Quarry and Manager Mine Planning Engineer – Holcim.
- Juan Agudelo Pérez, director Centro Minero Nacional Sena.
- Luis Henry Navarrete Medina, vicepresidente de Minas Acerías Paz del Río.

Finalización de este periodo

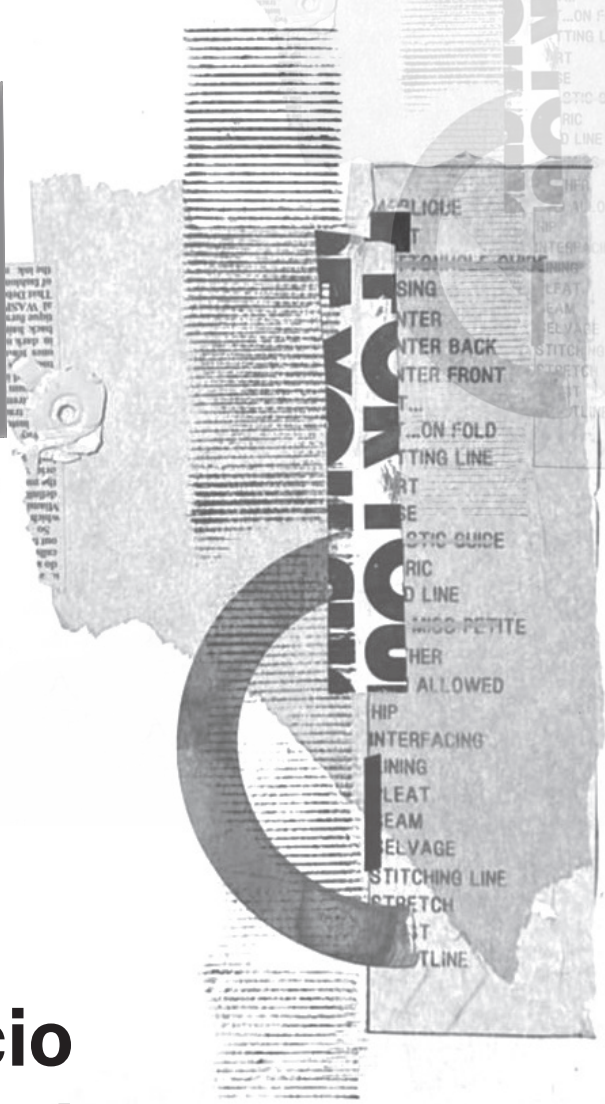
Ante la renuncia del rector Juan B. Pérez Rubiano, el señor presidente Julio César Turbay Ayala me nombró rector encargado mediante el Decreto 691 del 13 marzo de 1981, por un periodo de tres meses.

Tal vez el propósito más destacable de este periodo fue la negociación de una casa quinta que colindaba con los predios de la UPTC sobre la Carretera Central del Norte, cuya propietaria era una familia de apellido

Arenas. En la actualidad, en ese espacio funcionan establecimientos comerciales, especialmente papelerías y fotocopiadoras. Pactamos el precio y la UPTC pagó parte de él. Sin embargo, el rector entrante no continuó con el negocio y dejó perder esta oportunidad de ampliar el campus universitario. Desconozco cuál fue el motivo.

CAPÍTULO

04



Nuevo ejercicio académico

En 1981, la Universidad me otorgó una comisión de estudios para especializarme en Administración Universitaria en la Escuela Empresarial Andina del Convenio Andrés Bello, en Lima (Perú). El director de esta entidad en Colombia era el sociólogo Hernando Ochoa Núñez.

La estadía fue muy provechosa porque compartí conocimientos con colegas de otros países latinoamericanos. Mi trabajo de grado trató sobre la implementación de la educación a distancia utilizando los métodos de comunicación modernos para la época. De regreso a la UPTC me vincularon a la Escuela de Metalurgia para desempeñarme en las cátedras de Química General, Mineralogía, Preparación Mecánica y Carbones. Como docente raso me dediqué a preparar el material didáctico para las asignaturas que regentaba.

Tengo que referirme al esfuerzo que se hizo para montar un pequeño laboratorio de mineralogía y petrografía con muestras recolectadas en las prácticas con los estudiantes y con las donaciones de las escuelas de Geología y Minas de Sogamoso. Esta labor involucraba espacios físicos, vitrinas y material de práctica.

CEDEC

En 1983, al ser designado director del Centro de Estudios y Extensión de la Facultad de Ingeniería CEDEC, inicié mis labores con la publicación de la revista (ϕ) alimentada con los artículos de los docentes.

Fue un primer intento de incentivarlos para que hicieran pública su producción académica.

Como programa de extensión, se establecieron por primera vez en la Universidad los cursos para enseñar computación, especialmente el lenguaje de programación Basic, los cuales fueron ofertados al público en general.

Deseo resaltar los nombres de los pioneros en la enseñanza de la computación, que en ese entonces eran estudiantes: Sonia Díaz Márquez, Ricardo Vargas y Luis Gabriel Márquez, y los docentes: Ramiro Báez Torres, Gonzalo Pérez Buitrago y Daniel Cárdenas Guevara.

Con los recursos recaudados se dotó la primera Sala de Informática de la UPTC con computadores personales e impresoras. Esta sala funcionaba en el primer piso del Edificio Central.

ASIMET

Como fruto de la integración de los exalumnos de la Escuela de Metalurgia nace la Asociación de Ingenieros Metalúrgicos egresados de la UPTC (ASIMET). Sus primeros integrantes fueron los profesores Héctor Alirio Pérez Rodríguez, Álvaro Forero Pinilla, Humberto Saavedra Espitia, Alfonso López Díaz y Carlos Sandoval Fonseca. Y los empresarios César Franco López, productor de coque en Samacá; Mario Bolívar Grimaldos, gerente de Tecnicontrol; Jairo Reina Niño, gerente de Acerías Sogamoso; Alberto

Waked Hernández, gerente de Coelma; Eddy Ebrath, gerente de INSPEC LTDA., y Jaime Moreno, propietario de Ladrilleras El Rubi. También pertenecieron a la Asociación los ingenieros que laboraban en Acerías Paz del Río, liderados por Jaime Sierra Aponte.

En la Asociación nos propusimos hacer visible nuestra Escuela en un contexto nacional e internacional. Por eso, en 1984 organizamos en el Hotel Sochagota de Paipa el III Congreso Nacional de Ingenieros Metalúrgicos de Colombia, dentro del marco del "Seminario sobre Aceros para Herramientas". El evento fue un éxito total, no solo por el número de asistentes, sino por la calidad de los conferencistas. Debo mencionar que en esa ocasión fui elegido presidente de la Federación de Ingenieros Metalúrgicos de Colombia.

Posteriormente, en 1987, cuando el doctor Joaquín Barreto Ruiz era el rector, organizamos la celebración de las Bodas de Plata de la Facultad de Ingeniería. En ella se hizo reconocimiento público, con diploma conmemorativo, a nuestros ya mencionados empresarios metalúrgicos, así como a ingenieros destacados de empresas como Acerías Paz del Rio, Ecopetrol, Cerrejón y Cerromatoso.

En lo relacionado con Ingeniería de Transportes, se distinguieron los egresados por su destacada labor en el INTRA, DATT, Corporación Financiera del Transporte, Puertos de Colombia, Aerocivil, Ferrocarriles de Colombia y como empresarios privados del transporte.

Continuando con la inquietud de ampliar nuestros horizontes, ASIMET y la Escuela organizaron en 1991 las Primeras Jornadas Metalúrgicas Nacionales sobre "Acería Eléctrica" y en 1993, las Segundas Jornadas sobre "Sistemas de Ensayos no Destructivos", los dos eventos realizados en el Hotel Sochagota de Paipa. Hubo gran asistencia, porque se trataban temas novedosos para la industria petrolera, especialmente lo relacionado con el control de la corrosión y los estudios de integridad, temas que fueron propuestos y desarrollados por la doctora en Análisis no Destructivos, Yaneth Pineda Triana, y por el doctor en Física, Enrique Vera López.

Un hecho luctuoso

Hacia el mediodía del 18 de marzo de 1987, terminada nuestra labor docente, escuchamos el sonido fuerte y persistente de la campana de la capilla, tañida por el sacerdote Noé Salamanca, profesor de la UPTC. Por él fuimos informados del ingreso de la fuerza pública a los predios de la universidad, que buscaba contener una manifestación estudiantil lanzando bombas lacrimógenas. Más tarde, nos enteramos de las heridas de bala sufridas por el estudiante Tomás Herrera Cantillo, perteneciente a la Escuela de Ciencias Sociales y editor de un periódico estudiantil. Al acudir al lugar de los hechos me encontré allí con el colega Mario Parra Pinilla y, para sorpresa nuestra, hallamos herido de un disparo en una pierna al estudiante de Metalurgia William Rodríguez, natural de Málaga. Lo recogimos en un taxi y lo trasladamos al Hospital San

Rafael, donde tuvieron que hacerle transfusiones de sangre debido a la gravedad de la herida. Mario Parra y yo donamos la sangre necesaria. Más tarde nos enteramos de que Tomás Herrera había fallecido. Fue un día de profundo dolor para nuestra *alma mater*...

Tragedia en una investigación

En los años 90, Colombia irrumpía en las grandes ligas del mercado del carbón térmico, gracias a la producción en los yacimientos de la Guajira.

El ingeniero Hernando Mesa Pérez desarrollaba desde 1989 una investigación con Ecocarbón, Colciencias y la UPTC para diseñar y poner en funcionamiento una planta, con el objeto de obtener gas por pirólisis utilizando carbones de bajo rango. Con el apoyo de personal de la Universidad se construyó el hogar para calentar las retortas de fundición, colocadas verticalmente, en donde se producía el gas. Este contenía metano, etano y bajas concentraciones de hidrógeno. Igualmente, se montó el sistema de conducción de este y un gasómetro para almacenar el combustible generado. Para ayudar en el transporte del gas se contaba con un compresor-extractor donado por Ecopetrol.

Los ingenieros residentes eran Alfredo Ramírez Robayo y Jaime Niño Bernal, egresados de Metalurgia. El 2 de mayo de 1991 se puso a funcionar la planta, que estuvo operando intermitentemente por varios meses. Primero se calentaron las retortas con el calor generado en el hogar, las cuales se habían cargado con granos de

carbón térmico. El gas producido se succionaba con el mencionado compresor antiguo, el cual podía introducir pequeñas cantidades de aire al proceso y creaba una mezcla de gas peligrosa.

Hacia el mediodía, Alfredo Ramírez Robayo, para constatar que existiera gas en el gasómetro, se subió al techo de este; pero, para su mala fortuna, en ese momento se produjo una implosión que lo presionó entre la malla de acero superior y la parte plana del gasómetro, y le causó una lesión letal en su columna vertebral. Es imposible describir la desazón y la tristeza en la comunidad académica de la Escuela de Metalurgia por este suceso tan lamentable.

Segunda etapa de la investigación de pirólisis

En los albores de 1992, el rector Carlos Hernando Forero Robayo me nombró director de la investigación "Segunda Etapa del Convenio 095-89 entre Colciencias y la UPTC". Asumía una gran responsabilidad, dado lo acaecido en la primera etapa de esta investigación.

Enfoqué el trabajo en la búsqueda de la asesoría de expertos en el diseño y funcionamiento de plantas de coquización a temperaturas altas, con su correspondiente seguridad en el control de los gases producidos, y me apoyé en firmas especializadas en seguridad industrial para gases como el hidrógeno y el metano.

Con un experto en ingeniería de procesos elaboramos un nuevo diagrama de flujo de la planta, que incluía sistemas de refrigeración, limpieza de los gases producidos, sellos hidráulicos de aislamiento, equipo de extracción de los gases y un precipitador electrostático.

Para el control y la seguridad se aplicaron normas muy exigentes respecto a ausencia total de chispas (fuego), termocuplas de alta y baja medición de temperatura, manómetros de columna de agua (porque las presiones del circuito eran muy bajas) y tableros de control para las instalaciones eléctricas. El objetivo fundamental era evitar la entrada de aire al proceso y el consiguiente peligro de explosión.

La planta se reconstruyó totalmente con los nuevos cálculos y diseños. Para fortuna de la investigación, el taller mecánico de la Industria Licorera de Boyacá, gerenciada por el doctor Jorge Eduardo Londoño Ulloa, nos fabricó los nuevos reactores, los tanques de almacenamiento, las torres lavadoras y un nuevo gasómetro.

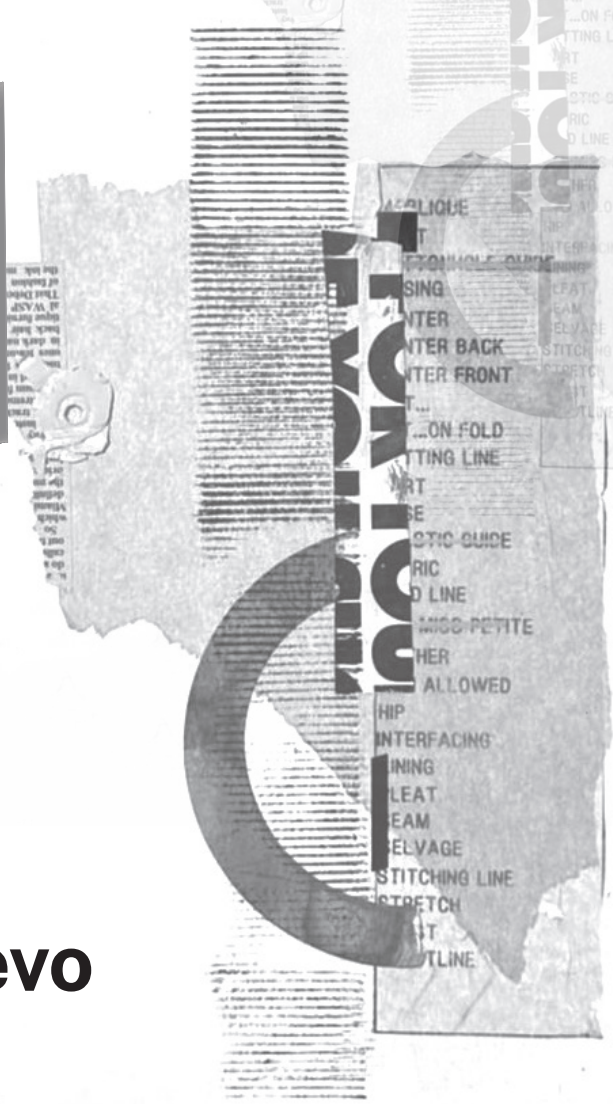
El montaje y muchas soluciones técnicas se ejecutaron con estudiantes tesistas de Metalurgia. Hay que resaltar innovaciones fundamentales para evitar el escape del gas en la base de las retortas, lo cual se logró al utilizar sellos con columna de agua. Otra invención consistió en el diseño y construcción de un extractor de los gases de pirólisis, cuyos álabes se fabricaron en aluminio para evitar chispas que pudieran causar su inflamación.

Hacia 1994 culminamos el proyecto; la planta se prendió en repetidas ocasiones sin sufrir accidentes o hechos que lamentar. Cabe destacar que como resultado se obtuvieron, de 250 kg de carbón de Tópaga, 34 m^3 de gas combustible en un lapso de 6 horas. Como dato curioso, recordamos que probamos este gas en una cocina casera y su desempeño fue exitoso.

El interventor de Colciencias fue el ingeniero Badel Corrales, quien aprobó el proyecto, una vez cumplidos los objetivos propuestos. Para corroborar, se entregaron informes escritos y un video filmado por la sección de audiovisuales de la UPTC, que aún reposa en sus archivos.

CAPÍTULO

05



Un nuevo reto

En 1992 se expidió la Ley 30, que organizaba el servicio público de la educación superior. Con este panorama jurídico, consideré que había llegado el momento de cumplir con mi aspiración de acceder a la rectoría de mi *alma mater*. Este anhelo lo respaldaba mi experiencia en el campo administrativo en la Seccional Sogamoso y luego en la Secretaría Académica, así como mi experticia investigativa en la implementación de la Planta de Pirólisis y mi labor docente de más de veinte años dedicados a formar ingenieros competentes.

Como preámbulo me propuse prepararme lo mejor posible en universitología y en temas relacionados con las propuestas académicas de las universidades más actualizadas.

Con dos profesionales muy competentes, Jorge Alberto Aguirre y Ricardo Tovar, másteres en Administración Universitaria de la Universidad de los Andes, conformamos un grupo de estudio para acrecentar mis conocimientos sobre temas del currículo, acreditación universitaria y manejo administrativo.

Como resultado de este esfuerzo se plasmó una propuesta escrita que puse a consideración de la comunidad académica de la UPTC y cuyos idearios fundamentales se concretaron en:

- La pedagogía como principio filosófico.
- Las relaciones con nuestro entorno.
- La acreditación de los programas ofertados.

- Los pilares de la investigación.

Después de las elecciones realizadas en los diferentes estamentos universitarios, el Consejo Superior me eligió mediante el Acuerdo 039 del 21 de mayo de 1994. De hecho, fui el primer rector por elección popular propuesto por la comunidad académica.

Lo cristalizado en mi labor como responsable de la UPTC se encuentra consignado en los informes que se presentaron anualmente y que reposan en los archivos de la institución.

En las siguientes líneas menciono algunas vivencias de mi desempeño rectoral.

Damas que perduran en la memoria

La primera de ellas es la ministra de Educación de la época, la doctora María Emma Mejía Vélez, mujer de inmejorables dotes de hidalguía y belleza. Para los rectores significaba un gran apoyo debido a sus planteamientos democráticos. Solicité una audiencia y me concedió la oportunidad de dialogar con ella.

Cuando estuve en su despacho me impactaron su personalidad y dotes de comunicación. Nuestra conversación se dirigió inicialmente hacia su familia, porque ella estuvo casada con Lucas Caballero Reyes, descendiente del escritor boyacense Eduardo Caballero Calderón. Por su puesto, también dialogamos sobre la hacienda de Tipacoque y los libros *Siervo sin*

tierra y *El Cristo de espaldas*. Le comenté que mi familia tenía raíces en esa población por mi bisabuela Pureza Rubiano Cuervo. No tengo palabras para describir este momento. Lo que sí puedo decir es que logré concretar su visita a nuestra universidad.

Un sábado llegó de improviso; mi nerviosismo fue grande porque no estábamos preparados; sin embargo, ella, con su don de gentes, calmó la situación. Visitamos la cafetería de estudiantes, donde dialogó con varios de ellos y, desde luego, conoció otras instalaciones. De repente, muy discretamente me dijo que necesitaba un servicio sanitario ¡Qué problema tan grande! Sentí pánico de llevarla a los baños cercanos, pues estos no eran los mejores. Mi único recurso fue proponerle que nos dirigiéramos a mi residencia, que estaba cerca. Allí, la relacioné con mi esposa María Eugenia Mojica Perico y con mis hijos. De esta forma solucioné este difícil trance. Después de esta visita surgió una amistad con esta respetable dama.

Otra dama que merece ser exaltada es la doctora Diana Elvira Soto Arango. La conocí por su visita a mi oficina rectoral, acompañada del doctor Luis Wiesner Gracia. Venía de España y traía la convicción de crear en Colombia un Doctorado en Educación.

Describir a Diana Soto es compararla con una imagen indeleble que no se doblega ante las dificultades. Su perfil es impactante por sus cualidades como profesional de gran acervo académico, poseedora de una gran facilidad de expresión que se refleja en sus

obras publicadas. Con insistencia logré convencerla de hacer de la UPTC la cuna de su importante idea.

En esa época, las universidades de menor desarrollo habíamos conformado el grupo ASUME (Asociación de Universidades para el Mejoramiento de la Calidad Académica) con las universidades: Pedagógica Nacional, Distrital Francisco José de Caldas, Francisco de Paula Santander, Cartagena, Tolima, Nariño, Tecnológica de Pereira, Cauca y la UPTC. Al estar unidas, pretendíamos mejorar nuestra posición ante las instancias gubernamentales. A sus integrantes les propuse la idea de crear el doctorado en conjunto, unir esfuerzos y aportar nuestros recursos humanos al nivel de doctorado. Se unieron al proyecto las universidades de Cartagena, Cauca, Pereira, Caldas, Tolima, Nariño y la UPTC.

Resalto el tesón de Diana Soto para concretar esta cooperación. El acuerdo con los rectores aportantes se realizó en 1996 en el Archivo General de la Nación, entidad regentada por el insigne académico Jorge Palacios Preciado. Diana Soto logró unir a media Colombia alrededor de una idea que se hizo realidad y se denominó RUDECOLOMBIA.

El doctorado incluía pasantías internacionales, para lo cual se firmaron convenios con universidades de España y Francia. Me correspondió viajar al Viejo Continente. Mi punto de partida fue la visita a la Universidad Alcalá de Henares, en donde ejercía como profesor el doctor Manuel Lucena Salmoral, quien

conocía a nuestro país porque había trabajado en la Universidad Javeriana; gracias a él, fui alojado en un antiguo claustro perteneciente a la Universidad de Alcalá.

Una anécdota para recordar se relaciona con la pérdida de mi equipaje. Como debía presidir una reunión de historiadores, Javier Guerrero me prestó un vestido de color café, y Diana Soto me consiguió una camisa blanca y una corbata de color rojo. No puedo imaginar cuál sería mi apariencia en ese evento. Asistí como rector invitado a la reunión; en ella se trataron diversos temas sobre Latinoamérica, incluso se habló de Tunja y su archivo histórico.

Con Diana Soto viajamos en el Talgo (tren rápido) a Sevilla, en donde conocí a otro portento de mujer, la doctora Rosario Valpuesta, rectora de la Universidad Pablo de Olavide. Esta dama poseía marcados rasgos andaluces de sinigual belleza; era muy ilustrada y dominaba temas de la universidad. Tenía ideas de avanzada, porque militaba en el partido político de Felipe González; profesaba gran cariño por Latinoamérica y se interesaba en sus problemas sociales. Me acogió con gran cordialidad, me invitó a participar en varios actos académicos que se desarrollaban en su universidad. En horas de la noche me invitó, junto con el profesor Juan Marchena, a conocer la Sevilla nocturna y disfrutar de sus licores y deliciosas tapas. Logramos concretar que nuestros doctorandos pudieran hacer las pasantías en su prestigiosa institución.

Por último, quiero relatar un hecho que me impactó sobremanera. La UPTC tenía un grupo de investigación en Antropología, con el cual tal vez existían algunas desavenencias, debidas a nuestras limitaciones de carácter económico. Una mañana, estando en la oficina rectoral redactando unas comunicaciones, de repente y sin mediar palabra, irrumpieron en mi despacho tres damas completamente desnudas, bailando danzas rituales, dándome a entender que estaban protestando por algo que yo desconocía. Fue tal mi sorpresa que me resguardé en el baño de la Rectoría hasta que ellas abandonaron el recinto.

Nunca llegó al despacho rectoral algún documento que se refiriera a este hecho o indicara cuál era la solicitud.

Un beneficio social

La UPTC presentaba un crecimiento evidente debido a los nuevos programas, con su correspondiente incremento en sus necesidades de personal administrativo. Para solucionar este impase se contaba con el Decreto 2009 de 1988 que incluía una nueva planta de funcionarios. Desafortunadamente, esta norma no contaba con la viabilidad presupuestal.

Nos propusimos hacer realidad este propósito y buscamos el apoyo de la clase dirigente. En ese tiempo, el representante a la Cámara por el Partido Liberal era Miguel Roa Vanegas, oriundo de la ciudad de Guateque, quien escuchó nuestra solicitud. Con sus buenos oficios, logró que el presidente de la República, Ernesto

Samper Pizano, aprobara el proyecto de la nueva planta de personal mediante el Decreto n.° 0944 del 28 de mayo de 1996.

El paso siguiente fue lograr que el Departamento Administrativo de la Función Pública agilizara el estudio del "Manual de Funciones", el cual fue refrendado el 7 de junio de 1996. Con este soporte se tramitó la incorporación de funcionarios en la nueva planta de personal, según las normas que regían en ese tiempo la carrera administrativa y todo lo relacionado con los cargos de libre nombramiento y remoción. Los concursos para la selección de auxiliares administrativos estuvieron a cargo del Servicio Nacional de Aprendizaje SENA.

En resumen, se beneficiaron personas que no estaban nombradas en propiedad; así, cumplimos con una labor social que redundó en bienestar para muchos de nuestros funcionarios.

Nuevas adquisiciones para la seccional de Sogamoso

Con el objetivo de ampliar el área física de la Seccional hacia la carrera 14, se adquirieron dos predios que colindaban con la UPTC. El primero se le compró a Armando Chaparro Chaparro y consistía en un lote ubicado en la vereda de Villita y Malpaso, hoy área urbana de Sogamoso, con la nomenclatura correspondiente a carrera 14 n.° 2-133 Sur, terreno de tres mil cuatrocientos sesenta metros cuadrados (3460

m^2) y un precio de ochenta y seis millones quinientos mil pesos ($ 86.500.000).

El segundo predio, vendido por el doctor Cayetano Chaparro Chaparro, ubicado en la vereda de Villita y Malpaso, en el área urbana de Sogamoso, con la nomenclatura carrera 14 n.° 2-97 Sur, área de cinco mil trescientos sesenta y tres metros cuadrados (5.363 m^2). Su precio fue de ochenta y tres millones, ciento setenta y cinco mil pesos ($83.175.000).

Me correspondió como rector de la UPTC firmar las escrituras en 1997. Debe traerse a colación la ayuda que nos brindó en esta gestión el matemático Gabriel Patarroyo Moreno.

SIAFI

La UPTC presentaba un gran atraso en el manejo contable y en la elaboración de sus nóminas. Diligenciaba su presupuesto manualmente con la consiguiente lentitud en los procesos administrativos. Por ello, y de conformidad con la autonomía universitaria, se adquirió en 1996 el Sistema de Información Administrativo y Financiero Integrado (SIAFI), con un costo de doscientos millones de pesos ($ 200.000.000).

Esta decisión implicó la modernización de los equipos de soporte para esta aplicación (hardware) y la capacitación de sus usuarios. Su implementación no fue fácil, dado que esta innovación causaba traumas,

porque varios funcionarios desconocían el manejo de estas tecnologías y no creían en sus bondades; llegaron incluso a opinar que esta aplicación no funcionaba. Posteriormente explicaré las consecuencias de orden personal que me trajeron estas aseveraciones.

Hoy, 2026, este *software* por fortuna continúa funcionando, ahora con el nombre de Sistema de Gestión Financiera Goobi. Evalúo que valió la pena la decisión que tomamos.

Un encuentro inesperado

A mediados de los años noventa, la UPTC estaba asesorando a varias escuelas normales de Boyacá e igualmente implementando la Universidad a Distancia en los municipios de la provincia del Norte y Gutiérrez. Por eso viajamos a dicho territorio con los profesores Rosendo Castro Jiménez, director de los Programas de Distancia, y Jaime Gil Sandoval, asesor de la Normal de Chita.

La labor que desempeñaba el profesor Jaime Gil Sandoval consistía en impartir conocimientos a los docentes de la Normal sobre el constructivismo como método pedagógico activo en la generación de saberes. Así, la Facultad de Educación estaba cumpliendo con la misión de velar por su entorno social.

Después de visitar los municipios de Panqueba y El Cocuy, en el trayecto hacia Chita, bajando del páramo del Mahoma, fuimos detenidos por un grupo

armado perteneciente al Ejército de Liberación Nacional. Según su comandante, este contingente se denominaba Domingo Laín. Mientras escuchábamos sus explicaciones sobre su ideario político, observamos que en el grupo de guerrilleros había personas muy jóvenes, entre las que se destacaba una dama con su cabello recogido en una trenza muy larga. Después de este tiempo de zozobra, nos permitieron partir para Chita.

Finalizada nuestra labor de dialogar con las directivas y comunidad académica de la Normal, sostuvimos una charla formal con los estudiantes, entre los cuales había varios pertenecientes a una institución denominada CEDEBOY; cuál sería mi sorpresa al descubrir entre ellos a la dama de la larga trenza.

En las horas de la noche decidimos no regresar al Cocuy, sino viajar a la población de Soatá. Recuerdo que el excelente conductor del vehículo en que nos transportábamos era Cayo Leonidas Ríos.

Una decisión difícil

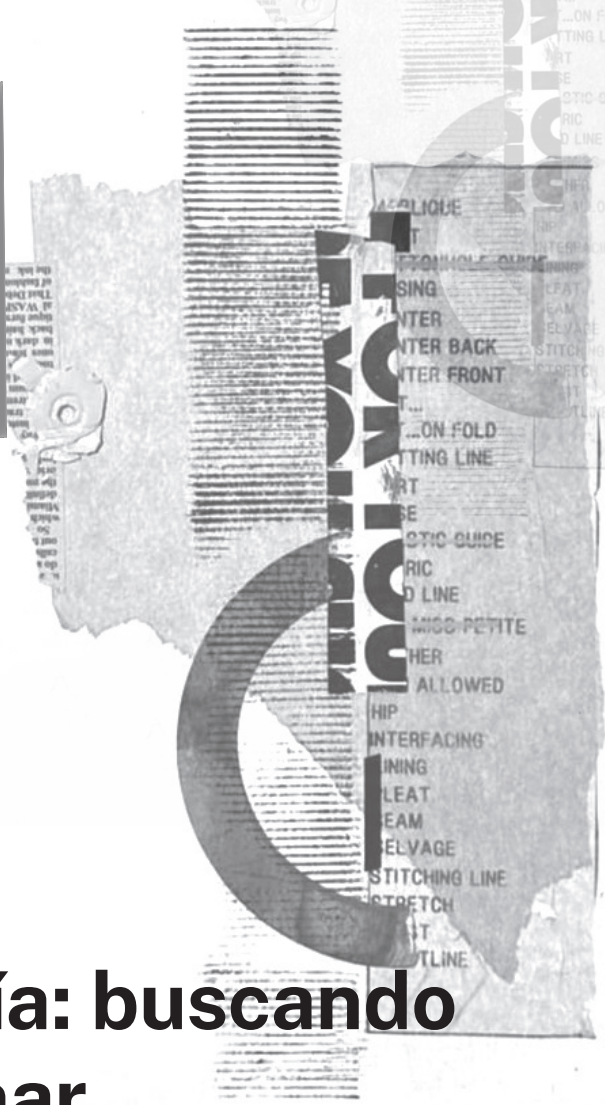
Como mi periodo rectoral estaba finalizando y aspiraba a la reelección en la rectoría, tomé la determinación de renunciar al cargo para estar en igualdad de condiciones con los otros aspirantes. El Consejo Superior aceptó mi renuncia y encargó de la rectoría al doctor Carlos Augusto Salamanca Roa.

Elaboré mi propuesta de trabajo y la denominé "Equidad y calidad en un contexto regional".

Cuando se desarrollaron los comicios para la escogencia del nuevo rector entre 9 aspirantes, obtuve el voto favorable en todos los estamentos universitarios. El Consejo Superior me designó nuevamente rector mediante el Acuerdo 041 del 2 de mayo de 1997.

CAPÍTULO

06



Nueva rectoría: buscando culminar propósitos

Sistema de información y registro académico (SIRA)

El funcionamiento de la Oficina de Admisiones y Registro se había convertido en un gran dolor de cabeza, porque la transparencia de los procesos que ejecutaba dependía de muchos imponderables de orden personal. Por ello, se tomó la decisión de corregir esta anomalía con el apoyo del ingeniero de sistemas Ignacio Hernández, a quien se le encargó el diseño y elaboración de un programa similar al que funcionaba en la Universidad Distrital. Se respaldó con toda la logística: el soporte en *hardware* que empleó un servidor SUN, con el Sistema Operativo Solaris y tecnología de almacenamiento en disco (SCSI).

Los recursos humanos, aportados por la UPTC, fueron los profesionales: Alicia Hernández, Nelly Alba y Arturo Tocarruncho. Este equipo técnico concluyó con éxito su misión, que dio como resultado el actual SIRA, el cual facilitó inmensamente la ejecución de los procesos de admisión, matrícula, registro de calificaciones, horarios, distribución de salones y, lo más importante, este sistema aseguró la diafanidad y rectitud en todos sus procedimientos.

Incremento de la planta física

Con los nuevos programas académicos, el crecimiento de la Universidad se disparó de tal manera que se hizo indispensable aumentar el número de las aulas de clase. Por lo tanto, se construyó y se puso en

funcionamiento el edificio Rafael Azula Barrera, financiado con recursos propios provenientes de las matrículas de pregrado y posgrado.

En ese tiempo, para conseguir fondos de la nación se debían inscribir los proyectos de construcción ante la oficina de Planeación Nacional, que les asignaba un código (B-PIN) para estudiar su viabilidad.

El senador Raúl Rueda Maldonado me acompañó a una entrevista con el director de Inversión Nacional, con el propósito de que se nos asignaran dineros de inversión en planta física para 1999. Conseguimos la asignación, la cual estaba destinada para la construcción del edificio de Recursos Educativos; sin embargo, este dinero solo alcanzó para construir su estructura. En la rectoría del Doctor Olmedo Vargas se terminó esta obra, que es la sede actual de la Rectoría, vicerrectorías y demás oficinas administrativas.

Es relevante destacar la labor del arquitecto Ricardo Camargo, quien, desde la Oficina de Planeación de la UPTC, elaboró los diseños y planos tanto de las construcciones enumeradas anteriormente como de las obras construidas en esos años en las seccionales.

Además, debo resaltar nuevamente el papel desempeñado por el senador Raúl Rueda Maldonado en la obtención de significativos recursos económicos para la UPTC. Él presentó ante el Congreso de la República el proyecto de ley que creaba la Estampilla

Pro-UPTC; este fue aprobado y la estampilla sigue vigente.

Una meta por alcanzar

En la década de los noventa, la Seccional Chiquinquirá atravesó momentos difíciles en su desarrollo académico. Muestra de ello fue el cierre del Programa de Administración Agroindustrial, con el que se tuvieron muchas expectativas para afianzar el despegue de la Seccional.

Otro esfuerzo desaprovechado se manifestó en el abandono del programa de formación de estudiantes en el Instituto Colombiano de Gemología y Joyería de esta Seccional. Esta iniciativa se concretó a través de un convenio de comodato entre Mineralco S. A. y la UPTC. Nos fueron entregados equipos que tenían un valor de $102.600.000. Adicionalmente, se construyeron instalaciones para la docencia y laboratorios específicos para esta carrera.

No alcanzo a comprender la renuncia al desarrollo de la iniciativa expuesta, toda vez que esta región es tierra de artesanos de la madera, la tagua y las curtiembres. La idea original era formar microempresarios en la talla de esmeraldas, cuarzos, fluoritas y otros materiales provenientes de la explotación de la zona esmeraldífera del occidente de Boyacá. Paralelamente, se impartiría formación en el manejo de metales para la elaboración y engaste de joyas artesanales nacidas de la creatividad de los estudiantes.

No pierdo la esperanza de ver retomado este programa académico-productivo, para que su propósito llegue a ser una realidad.

Por otra parte, en nuestra rectoría apoyamos a la Seccional mediante la creación de los programas de Administración de Empresas (Acuerdo 064 de 1995) y de Contaduría Pública (Acuerdo 033 de 1996).

Tengo la certeza de que sus directivas académicas impulsarán nuevas oportunidades formativas para que se afiance esta importante Seccional.



Un tesoro artístico

Un personaje que debe permanecer en la memoria de la UPTC es el sacerdote boyacense Noé Salamanca

Medina, quien era simultáneamente capellán y profesor en 1997. Él nos propuso ampliar y adecuar la vieja capilla que existía desde los tiempos de Julius Sieber.

Esta infraestructura se ejecutó y el padre Noé Salamanca trajo al maestro austriaco Heinz Göll para ornamentarla. Este plasmó en un óleo su visión indigenista de la Última Cena. Todos los personajes poseen rasgos muiscas y, además de Jesucristo y sus apóstoles, aparecen algunas mujeres, una de ellas en estado de embarazo. El arte del maestro Göll también está presente en el óleo de un ángel y en las imágenes simbólicas del viacrucis.

El antropólogo y virtuoso carpintero, Juan Escobar Laverde, elaboró el mobiliario en madera que adorna este bello recinto. Igualmente, fue el autor de los vitrales con motivos precolombinos; tristemente, estos bellos retazos de luz y color fueron destruidos el 31 de octubre de 2012 por los estudiantes que, en medio de un paro, estaban acampando en el patio central de la Universidad.

La capilla es un patrimonio artístico de la UPTC, es un deber valorarlo y conservarlo.

Fondo patrimonial

Acerías Paz del Río enfrentaba en 1997 una gran crisis financiera que la obligaba a tomar medidas correctivas, incluyendo desechar bienes improductivos. Fue así como decidió terminar con una empresa comercializadora de

acero y cemento. Puesto que las tractomulas en que se transportaban estos productos estaban sin uso, el gerente de esta entidad (de apellido Gallo) dispuso donarle a la UPTC varios de estos automotores.

Después del traslado de las tractomulas a Tunja, solicité al Consejo Superior la autorización para ofertarlas en el mercado mediante una licitación; finalmente fueron adjudicadas a un transportador de Duitama. Este dinero constituyó la base del Fondo Patrimonial de la UPTC, creado por el Consejo Superior mediante el Acuerdo 101 de octubre 31 de 1997.

Por otra parte, en el mismo año, la firma G y J, empresa muy importante del sector metalmecánico, donó a la Universidad mil (1000) acciones de la Empresa Acerías Paz del Río, que contribuyeron a enriquecer el Fondo Patrimonial.

En la actualidad, el capital de este Fondo es de mil trescientos cincuenta millones quinientos noventa y cinco mil pesos ($ 1.350.595.000), que reposan en el presupuesto de la UPTC.

Una odisea de dolor

Desde la rectoría del doctor Carlos Forero Robayo, la Universidad recibía ingresos importantes de múltiples posgrados y de variados proyectos de prestación de servicios. El Consejo Superior había aprobado que estos recursos se manejaran en la contabilidad de la Universidad en el pasivo, bajo el rubro de Depósitos

Provisionales. En nuestra rectoría continuamos con este procedimiento.

La Contraloría, desconociendo la Ley 30 de Autonomía Universitaria, manifestó su desacuerdo con este manejo y presentó una denuncia ante la Fiscalía.

Se les inició una investigación a varios funcionarios de la Universidad, incluyendo al doctor Carlos Forero en su calidad de exrector y a mí como el rector del momento. Paralelamente, la Fiscalía decretó en el mes de diciembre de 1999 mi suspensión en el cargo de rector y mi detención domiciliaria.

Gracias a los argumentos presentados por los abogados de nuestra defensa, entre los que destaco al doctor Germán Rojas Garavito, y a las consultas elevadas ante el Ministerio de Hacienda por la propia Fiscalía, este ente acusador aceptó que eran correctos los manejos efectuados por la UPTC a sus recursos propios; en consecuencia, revocó la acción punitiva impuesta.

Sin embargo, mi problema personal continuaba; la Fiscalía 13 Especializada estaba investigando las denuncias que se presentaron por la adquisición del SIAFI, cuyas características y costos se han descrito anteriormente.

Vale la pena recordar que, según el acta 07 de 1996, el Consejo Superior me autorizó para “buscar en el mercado y empezar los trámites para la adquisición de

un paquete de software administrativo que sistematice a presupuesto, contabilidad, pagaduría y almacenes".

Igualmente, la Oficina de Planeación de la UPTC había elaborado un estudio con la metodología del Banco de Proyectos de Inversión Nacional, sobre interconectividad e informática.

Este proyecto fue presentado a Planeación Nacional en septiembre de 1995 y recibió concepto de viabilidad y asignación del código B-PIN. El valor aprobado fue de ($1.327.881.000).

Es importante señalar que la eficacia del SIAFI se fue demostrando progresivamente, a pesar de la resistencia al cambio de los funcionarios que debían operarlo.

Gracias a la persistencia y suficiencia de Otilia Suárez en la elaboración de la nómina, de Blanca Valderrama en Contabilidad, y de Jorge Sanabria en Bienes y Suministros, quienes se propusieron dominar su manejo, y a la orden sobre la implementación de este *software* impartida por el vicerrector administrativo Aurelio Villate, se comprobaron las bondades del SIAFI.

Con respecto al daño patrimonial imputado por la Fiscalía, los conceptos emitidos por la Contraloría General de la República y por la Universidad de los Andes demostraron que no existió sobreprecio en su compra.

No obstante, los impactos emocionales y económicos que me acarreó la situación descrita fueron enormes. Pude sobrellevarlos gracias a la generosa solidaridad de mis amigos y familiares, especialmente de mis hermanos y cuñados; su apoyo moral y financiero fue básico para soportar este difícil trance.

Agradezco el apoyo económico de mis colegas de la Escuela de Metalurgia, liderados por Eduardo Vargas Carmona y Rafael Bolívar Grimaldos. Igualmente, agradezco a Margarita Santafé y sus compañeros de la Facultad de Educación, así como a los docentes de la Seccional Sogamoso y a los integrantes de los sindicatos de Empleados Públicos y de Trabajadores Oficiales.

Deseo mencionar especialmente al doctor Germán Rojas Garavito, quien actuó como mi abogado defensor en todos los procesos jurídicos que me correspondió enfrentar. Su amplio bagaje intelectual y su capacidad argumentativa fueron fundamentales para esclarecer los hechos y obtener justicia. Después de seis meses de vivir esta calamitosa situación me reintegré a mi labor como docente en la Escuela de Metalurgia en el año 2000.

Finalmente, el Tribunal Superior del Distrito Judicial de Tunja, Sala Penal, dictó la sentencia n.° 0130, radicada con el número 080684, el 2 de noviembre de 2010, por la cual "se exonera al Rector Carlos Alberto Sandoval Fonseca de la conducta punible de contrato sin los requisitos legales por no encontrarse demostrada

su inobservancia y que en ningún momento existió por parte del Rector la finalidad de obtener provecho ilícito".

Epílogo

En esta crónica he descrito las vivencias durante mi ejercicio profesional como ingeniero y mi desempeño académico-administrativo en la UPTC. Toda esta labor la realicé con la mayor dedicación y cariño por esta institución, apoyado por un gran equipo humano, con el cual se forjó una parte de la historia de nuestra *alma mater*.

Deseo reafirmar las palabras que hace muchos años expresé ante el Consejo Superior: “La esencia de la UPTC está fundamentada en su historia; se apoya en su pasado humanístico, imbricada en el arraigo regional, con principios de tolerancia, respeto a la diversidad y aceptación a la libertad de pensamiento como creación colectiva; es por ello por lo que su futuro es promisorio”.

Gracias

A mi esposa María Eugenia, por su incondicional apoyo a mi propósito de hacer realidad este libro y por su labor de revisión del texto.

A Leticia Niño de Totaitive, por su generosa disposición a atender mis solicitudes de búsqueda y comprobación de datos.

A los exdirectores de la Escuela de Minas, Tobías Chaves Cuadros y Pascual Fonseca Peralta, quienes me aportaron valiosa información para enriquecer las descripciones sobre el devenir de la Escuela.

A mi amiga, la pintora Consuelo Sánchez Peñuela, por plasmar en el óleo que aparece en la portada de este libro la imagen de una UPTC alegre y con una visión optimista de su futuro.

Y a todos los amigos, compañeros y conocidos, que pusieron sus recuerdos al servicio de la elaboración de estas memorias.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2026, en
Búhos Editores Ltda.

Tunja - Colombia

Retazos de vivencias es una obra autobiográfica que recoge experiencias personales, académicas, investigativas y administrativas de un ingeniero y docente universitario, cuya trayectoria estuvo estrechamente vinculada a la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC). A través de relatos y memorias, el autor reconstruye episodios que marcaron su vida profesional, desde sus primeros ejercicios laborales en la ingeniería hasta su desempeño como investigador, profesor y rector de la universidad. La obra describe procesos de transformación institucional, iniciativas académicas, proyectos de investigación, ampliaciones de infraestructura, modernización administrativa y acontecimientos significativos que contribuyeron al desarrollo de la UPTC. De igual manera, narra vivencias relacionadas con la educación superior colombiana, la gestión universitaria, los desafíos políticos y administrativos de la época, así como situaciones personales que pusieron a prueba su compromiso con la institución. Más que una recopilación de recuerdos, el libro es un testimonio histórico sobre la evolución de la universidad pública regional y sobre el papel de la educación, la investigación y el servicio público en la construcción del desarrollo social y académico del país.

ISBN: 978-628-7863-74-3